

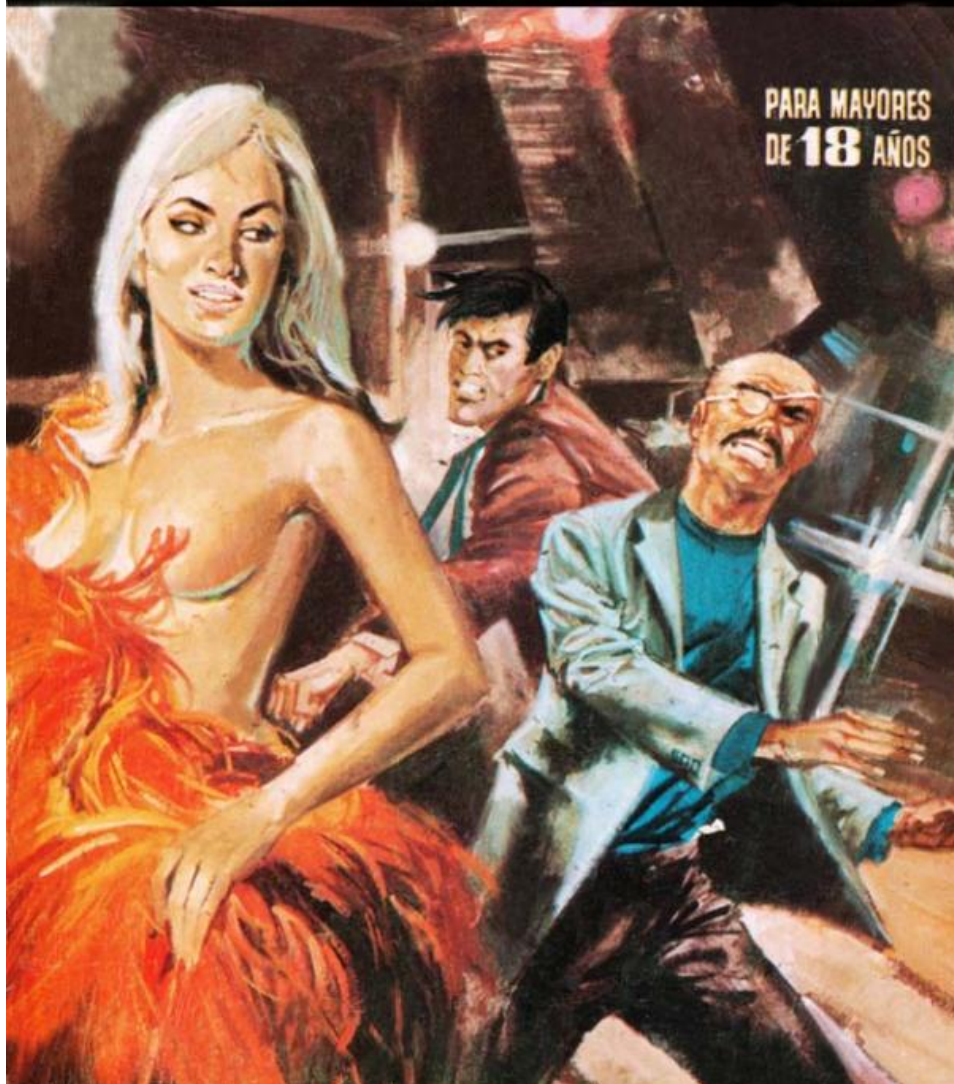
SERVICIO
SECRETO

SS

ALTO, GUAPO, MORENO Y GOLFO

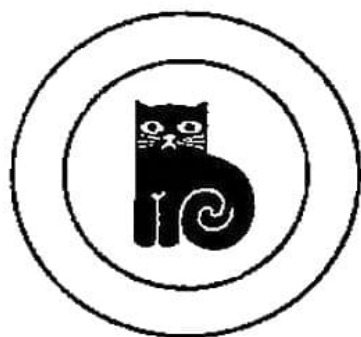
Lou Carrigan

PARA MAYORES
DE 18 AÑOS





**SERVICIO
SECRETO**



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección LA HUELLA:
140 — Tempestad en un vaso de agua.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL.
447 — Cuartel de rurales.
- En Colección ARCHIVO SECRETO:
265 — Sekreten Polizeiken.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL.
361 — Ha pasado un *marshal*.
- En Colección PUNTO ROJO:
933 — Dulce y angelical Ophelia.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.547 — Los diamantes de la corona.

LOU CARRIGAN

ALTO, GUAPO, MORENO Y GOLFO

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.550

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 4.897 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1980

© Lou Carrigan - 1980

texto

© M. García - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Cada vez que Didi Lorenay salía al escenario sucedía lo mismo: Grant Maynard se quedaba embobado mirándola, sin acordarse ni remotamente de que él estaba en el Tobago Club para servir bebidas a los clientes, y no para convertirse en un cliente más extasiándose ante los encantos de Didi.

¡Y qué encantos...!

Bueno, esto de encantos es un modo fino de decir las cosas. La verdad era que Didi Lorenay tenía un cuerpo que inspiraba en la «selecta» clientela todo menos finos modales. Tampoco el lenguaje con que se obsequiaba a Didi era precisamente celestial, pero como dijo una vez el propio Grant Maynard después de haber estado a punto de romperle la cara a un cliente:

—El pobre hombre no tiene la culpa: ¡Didi está demasiado buena!

¡Vaya si lo estaba! ¡Y cómo arrebatava al público...! Y eso, sin proponérselo, porque ella, la sin par Didi, hacía de niña candorosa. El argumento era bueno, muy bueno, incluso indigno del Tobago Club. Mejor dicho, el Tobago Club era indigno del argumento. Un tugurio en la neoyorquina calle Cuarenta y Dos, como había otros, pero en basto. Algunos clientes tenían las suficientes luces para preguntarse, perplejos:

—Pero... ¿qué hace esa chica aquí? ¡Debería estar en Las Vegas!

Sin embargo, allá estaba Didi Lorenay, enseñando sus encantos. Ah, sí, el argumento... ¡Muy bueno! O sea, salía Didi con un vestidito precioso, muy ligerito, de rabioso verano tropical, y ya, nada más verla así, a los hombres se les incendiaba... el corazón. ¡Era una maravilla! Alta, rubia como el oro, con unos ojos enormes, de color violeta, bellísimos, ingenuos... Del cuerpo vale más no

hablar, porque era la locura. Pero de momento, Didi no enseñaba nada, o casi nada: un poquito de muslo por aquí, un poquito de pechitos por allá. Bah, nada digno de ser tenido en cuenta. Muy decoroso, en realidad.

Pero hete aquí que entonces, cuando Didi estaba paseando por aquella oscura calleja esperando a su mamá, que trabajaba de empleada de lavabos en un cine cercano, aparecía el sádico, el violador de niñas inocentes.

Era un tipo horrendo.

Y además, miope.

Alto, gordo, fuerte, monstruoso, con la cabeza pelada y en cambio peludo en el resto del cuerpo como un oso. Un asco espantoso, vamos. Miope como un zapato, eso sí. Pero el sujeto malvado tenía un olfato tremendo para eso de las chicas, y acudía a trote largo en cuanto su nariz entraba en funciones.

Bueno, pues allá se presentaba el horrendo violador, acorralaba a Didi en el callejón, y bramaba:

—¡Incierto es el tiempo de la vida!

Muy bueno, de veras. Un argumento enorme.

Didi oía eso del tiempo de la vida, y, como además veía al oso calvo y miope, se ponía a temblar y lloriquear, pidiendo clemencia. Pero qué clemencia ni qué narices. El oso calvo y miope saltaba sobre la indefensa Didi, y comenzaba a darle zarpazos, arrancándole el vestido y acorralándola más y más, hasta que la pobre criaturita quedaba sin salida posible. Para entonces, estaba ya desnuda salvo un pedacito de tela que, «casualmente» había quedado adherido a lo que el desalmado llamaba a grandes gritos «el moñito rizado». Por cierto, que, en sus berridos, hacía muy claras alusiones a lo que pretendía hacer con el moñito rizado...

El argumento era bueno, de verdad.

Y así estaba la pobre Didi, ya desnuda menos el pedacito de tela, tendida en el sucio suelo del callejón, a punto de ser horrendamente violada por el oso calvo y miope cuando..., ¡oh, milagro!, aparecía la enorme, majestuosa, impresionante silueta de una mujer policía en el callejón, provista de una gran porra con la que, jaleada por el público, comenzaba a sacudir al malvado personaje, haciéndole saltar los lentes y todo eso.

—¡Duro con él! —gritaba el público—. ¡Dale en los huevos!

—¡Y en la...!

A todo esto, la pobrecita Didi, salvada tan milagrosamente de tan desdichado destino, iba de un lado a otro dando grititos y pidiendo socorro todavía, con una gracia y un desamparo que daban ganas de subir al escenario para ayudarla en lo que fuese. Y claro, mientras corría de un lado a otro, sus preciosísimos pechitos saltaban, brincaban, enloquecían, encandilaban, hipnotizaban al público... Era una monería.

Pero... ¿qué pasaba mientras tanto en las tenebrosas sombras del callejón donde la mujer policía estaba sacudiendo al malvado?

¡Horror..., el monstruo se estaba recuperando, estaba tomando la iniciativa! Había arrebatado la porra a la mujer policía, y ahora, ciego como un zapato, arremetía contra ella, le arrancaba también la ropa, la tumbaba al suelo, y, tras gritar eso de: «Incierto es el tiempo de la vida», procedía a violar a la mujer policía, la cual empezaba a emitir una serie de grititos que partían el corazón a la pobre Didi, la cual se acercaba al lugar donde se desarrollaba la infame escena, sin dejar de exhibir a todo viento sus naturales bellezas, y gritando a todo pulmón pidiendo ayuda para su salvadora..., hasta que ésta, la valiente y maravillosa mujer policía, se agarraba al cuello del oso miope, y aullaba:

—¡Cierra el pico de una vez y lárgate de aquí, cotorra! ¡No molestes!

Entonces Didi hacía unos cuantos aspavientos, volvía a dar saltitos de un lado a otro, y escapaba a toda prisa..., dejando en el escenario, ante los saltones ojos del público, la espantosa violación de la mujer policía..., que dicho sea de paso no parecía dispuesta a dejar escapar al desalmado.

Muy bueno el argumento.

Todos aplaudían, salía Didi todavía desnudita a saludar, el oso calvo y la mujer policía saludaban también tras el gustazo que se habían dado en público, y todos tan contentos...

Todos, menos Grant Maynard, que comenzaba a tener malas ideas respecto a los encantos de Didi Lorenay. Unas ideas atroces: disponer de ello en exclusiva, ponerle un palacio y visitarla allá vestido de seda y oro, y comprarle diamantes, topacios y elefantes...

—Maldito sea, camarero, ¿nos sirve o no nos sirve?

Con una frase más o menos parecida, los clientes hacían regresar

a la realidad a Grant Maynard. Sus reacciones eran imprevistas. Casi siempre soltaba un gruñido, y continuaba su trabajo. Pero a veces estaba furioso por el hecho de que Didi exhibiera aquel precioso cuerpecito que él soñaba en exclusiva, que se ponía peligroso. Por cierto, que Grant tenía un modo raro de ponerse peligroso. Sonreía, y decía cosas graciosas, como por ejemplo:

—Ahora mismo, señor cara de culo... ¿Qué desea el señor? ¿Champaña francés, quizá, señor?

—Oiga, menos guasa y traiga un par de *whiskys*, ¿vale?

Era gente ordinaria, de veras. Grant Maynard estaba ya hasta las narices de estar allí, de aquella experiencia, y si no hubiera sido por Didi Lorenay, ya habría despegado haría tiempo del nefasto Tobago Club. Pero... ¡aquellos ojos luminosos de Didi!

Reteniendo en su cabeza el pedido de dos *whiskys*, Grant corrió hacia el pasillo de los camerinos. Didi esta allí, fumando un cigarrillo, ahora cubierta con una preciosa bata, y charlando amistosamente con el terrible violador y con la mujer policía.

—¡Muy bien, Didi! —Aplaudió Grant Maynard, entusiasmado—. ¡Muy, muy, muy bien, cada día mejor!

Didi le miró fijamente, pareció que se oscurecieran sus hermosos ojos celestiales, y dijo:

—¡Estúpido!

—¿Cómo, estúpido? —Respingó Grant—. ¡He dicho que ha estado muy bien!

—¿Quiere dejarme en paz de una vez? ¡Estoy harta de que todas las noches venga a aplaudirme en directo delante de las narices, y de que se quede ahí plantado mirándome como un bobo! ¿Se ha enterado?

—Pe... pero yo..., yo creía que le gustaba, señorita Lorenay... Quiero decir que creía que le gustaba yo...

—Pero ¡qué dices, enano! —rió el malvado violador, que ahora no era miope—. ¡Vete a tu puesto y no molestes más!

—Eso —dijo la mujer policía—. No molestes. ¡Mira que llegas a ser pelma, chico!

Grant Maynard miraba verdaderamente atónito a Didi Lorenay. Ésta, que había bajado la mirada, dio de pronto media vuelta, y se dirigió hacia su camerino. El malvado violador dirigió una mirada asesina a Grant.

—Te diré una cosa, muchacho: lárgate de aquí si no quieres que sea yo quien aplauda en tu cara.

Grant Maynard lo miró de arriba abajo, lentamente. Luego dio la vuelta, y se alejó. Cuando reapareció en la sala llena de humo y de gente vociferante, sus clientes le buscaban con mirada airada. Recogió los dos *whiskys* en el mostrador, los llevó, los depositó sobre la mesa, y dijo:

—Y cuidadito con lo que dicen, que hoy ando de mala leche.

El hombre, que había abierto la boca, se quedó así, mirando los grises ojos de Grant Maynard. Luego bajó la mirada y la cabeza, y se dedicó a su *whisky*. Grant hizo un gesto aprobativo, y lanzó una ojeada en torno, en busca de alguien más que...

Hombre, allá estaba otra vez.

La morena.

Aquella morena que estaba como un tren, y que era la tercera noche consecutiva que acudía al Tobago. La primera noche había estado allá con dos tipos. La segunda, acudió sola, y se hartó de mirar y remirar a Grant. Y ahora, por tercera vez, de nuevo sola, allá la tenía, mirándolo como si quisiera hipnotizarlo. Y cuando él la miró ella le hizo un gesto, llamándole.

Grant se acercó, un tanto mosca.

—Hoy sólo tengo champaña —dijo.

La morena sonrió amablemente.

—Pues traiga champaña.

—La botella más barata de eso, cincuenta pavos.

—Muy bien. Dígame una cosa, señor Maynard. ¿Le gustaría ganarse ochenta mil dólares?

—Voy a por su champaña.

Cuando volvió con el cubo conteniendo la botella de champaña rodeada de hielo picado, la morena estaba fumando y mirando la nueva atracción del escenario. El espectáculo era ahora más bestia, ya no se andaban por las ramas: tres negros estaban realizando un... sacrificio con una mujer blanca. Pobrecilla. Y para que el sacrificio se viese mejor, apenas quedaba luz en la sala, se concentraba toda en el escenario.

—No quedaba de cincuenta —dijo Grant—. Le he traído de sesenta y cinco.

—Muy bien, será más bueno.

—A mí sólo me gusta el de ochenta para arriba. Esta noche me compraré una botella para mí solo..., porque dijo usted que me iba a dar una propina de ochenta pavos, ¿verdad?

—Ochenta mil..., pero no es propina. Tendrá que ganárselos.

—Hombre, sé que soy alto y guapo, pero ochenta mil dólares me parecen un capricho muy caro, nena.

Sirvió champaña en una copa. La morena bebió un sorbito, con gesto aceptablemente elegante. Luego, desdeñando las actividades sexuales de los negros con la blanca, miró de nuevo a Grant.

—Me llamo Georgina Calhoun, señor Maynard, y soy oficial de la policía de Miami.

—¡Me rindo! Escuche, no quería hacerlo... ¡La maté porque enseñaba sus pechitos a otros hombres, estaba loco de celos...!

—Señor Maynard —casi sonrió Georgina Calhoun—, estoy hablando completamente en serio. Le ruego que se deje de tonterías.

—¿Sabe que tiene usted razón? Voy a dejarme de tonterías de una vez. A fin de cuentas, ¿acaso es la única mujer del mundo?

—¿Yo?

—No. Ella.

—¿Quién es «ella»?

—Y por otra parte —siguió reflexionando Grant—, si me presento ante mi aristocrática familia con una chica como ella, que ha estado enseñándolo todo menos el moñito rizado, se arma el caos. Hay que ser sensatos, ¿no le parece? Una chica que se dedica a esto...

Movió la cabeza con gesto compungido. La oficial de policía de Miami siguió el asunto:

—De todos modos, si usted la quiere...

—Estoy loco por ella. Pero mucho me temo que sea sólo pasión física. ¡Es tan hermosa...! Y además, parece tan..., tan inocente, tan candorosa. De verdad, hasta me pareció que me miraba con ojos tiernos.

—Podría ser cierto.

—Sí, podría ser cierto, pero debo haberme equivocado. Un camarero, por alto, guapo y moreno que sea no interesa a una chica que puede conseguir un montón de brillantes por dejarse perfumar las axilas por un viejo rico. ¿Comprende?

—Lamentable. Señor Maynard, ¿a qué hora sale usted de este... lugar?

Grant abrió la boca. Entonces, por la discreta puerta utilizada por el personal del Tobago para dirigirse desde los camerinos a la salida del club, vio aparecer a Didi Lorenay, ahora vestida de calle, con un abrigo otoñal, deslizándose como furtivamente hacia la puerta, como si no quisiera ser vista. Como siempre... Y como siempre, la vio buscar con la mirada, localizarle a él, y acto seguido desviar rápidamente la mirada y apresurar el paso hacia la puerta.

—¿A qué hora? —Gruñó Grant cuando Didi Lorenay hubo abandonado el club—. Pues mire, ahora mismo. Pero no podemos marcharnos sin pagar el champaña. Por favor, no deje propina. Usted, no.

La señorita Calhoun dejó sobre la mesa el importe de la botella de champaña y se puso en pie. Grant Maynard se quitó el delantal, lo puso junto al dinero, agarró la botella de champaña y se dirigió hacia la puerta.

Cuando salieron, yo no se veía a Didi Lorenay. Claro, seguro que algún tipo con dinero la había estado esperando con su cochazo, y ahora se la llevaba al lecho pecador. Mala suerte. Pero estaba decidido: al demonio con Didi Lorenay. Adiós para siempre, ¡adiós!

La señorita Calhoun estaba haciendo señas. Un coche se acercó a la salida del club, y la muchacha abrió la portezuela de atrás, quedando a un lado. Grant entró en el coche, ella lo hizo detrás y el vehículo continuó la marcha. El hombre que iba al volante volvió un momento la cabeza.

—¿Ha aceptado? —preguntó.

—Todavía no le he explicado el asunto —replicó Georgina Calhoun—. Hemos estado hablando de su amor imposible.

—Hombre, quizá usted la ha visto —dijo Grant—. Una chica rubia, alta, preciosa, con un abrigo...

—¡Ah, sí! ¡Despampanante!

—¡Ésa era! ¿En qué coche de lujo ha subido?

—En ninguno, seguro. Se ha alejado a pie.

—Trucos —masculló Grant—. ¡Trucos!

Y se dedicó a beber champaña directamente de la botella. Tenía el ceño fruncido, y no parecía precisamente feliz. Bueno, no todo puede salir siempre bien. Ya se sabe, en la vida hay experiencias

buenas y experiencias malas...

Notó el contacto en el brazo, y miró a Georgina, que señaló hacia el hombre que iba al volante.

—Él es el teniente Tolliver, señor Maynard.

—¿Quiere un trago, teniente? —ofreció Grant.

—Estoy de servicio —rió Tolliver—. ¡Y creía que usted también!

—Acabo de abandonar mi empleo.

—Ha hecho bien. Con ochenta mil dólares en el bolsillo se puede permitir el lujo de buscar algo mejor durante el tiempo que sea preciso.

—Todavía no los tengo en el bolsillo —recordó Grant—. Los tendrá..., si todo sale bien. Se lo explicaremos en cuanto pueda aparcar en un sitio en el que haya suficiente luz.

—Muy bien.

Grant volvió a beber un trago directamente de la botella. No estaba mal, pero seguía prefiriendo el de ochenta para arriba. ¿Qué clase de champaña estaría bebiendo Didi? Al pensar en la muchacha desnuda, pero no ya trabajando, sino en manos de cualquier tipo, Grant Maynard se removió inquieto. Pero le estaba bien empleado. En cuanto se dio cuenta de que empezaba a enamorarse de Didi debió largarse de aquel tugurio a toda velocidad, y ahora seguramente ya la habría olvidado, o cuando menos no la tendría tan profundamente incrustada en el corazón... ¡Frase cursi! Pero era tan bonita...

Se dio cuenta de que el coche se había detenido, efectivamente, en un lugar donde había mucha luz. El teniente Tolliver se había vuelto, y le miraba fijamente. También la señorita Calhoun le estaba mirando. Grant bebió otro trago, y masculló:

—Bueno, supongo que la policía no va a proponerme nada deshonesto, ¿verdad?

—Deshonesto, no —dijo Tolliver—. Pero no será fácil... ni corriente, señor Maynard. A decir verdad, tenemos la certeza de que será bastante peligroso.

—¿Peligroso? ¿Hasta qué punto?

—Bueno... Digamos que podrían querer pegarle unos cuantos tiros. No es seguro. Pero sí posible.

—Vaya... Ésa es una experiencia que todavía no he tenido. ¿De qué se trata?

La señorita Calhoun abrió su bolso, extrajo de él una fotografía, y la tendió a Grant.

—Mírela bien a la luz, señor Maynard.

Grant colocó la fotografía cerca de la ventanilla, a plena luz de la avenida. En la fotografía había dos sujetos, sonrientes, abrazados. Lo estaban pasando fenómeno, al parecer. Detrás de ellos se veía una casa de campo, una granja o algo así. Los dos vestían con descuido, entre deportivos y desharapados, como si estuvieran en alegres y despreocupadas vacaciones.

Esto, en sí, no tenía el menor interés. El interés estribaba en que uno de los tipos en cuestión era él. En cambio, al otro, al que abrazaba efusivamente no le había visto en su vida. Chocante.

—¿Quién es el sujeto está conmigo? —murmuró—. No lo recuerdo en absoluto.

—Es natural, ya que nunca lo ha conocido usted, señor Maynard —deslizó Tolliver.

—Pues entonces no comprendo cómo... Un momento. ¿Es una fotografía trucada?

—Exacto. Georgina tomó... subrepticamente unas fotografías de usted ayer y...

—¡Usted es el tipo que estuvo con ella en el Tobago el primer día! —exclamó Grant— ¡Ahora le recuerdo!

—Estupendo —sonrió Tolliver—. Aunque un poco lento de reflejos, señor Maynard. Claro que hasta ahora le he estado dando la espalda. Bien, eso no importa. Como le decía, Georgina tomó unas fotografías de usted con una cámara especial, ayer por la noche, y hoy hemos estado dedicados a montar esta fotografía. Queríamos convencernos de que podía dar resultado. Y si usted se ha desconcertado, es que la cosa puede funcionar, ¿no le parece?

—Supongo que sí. ¿Quién es mi «amigo»?

—No es su amigo —rió Georgina—. ¡Es su hermano!

—Ah... ¡Querido hermano! —Grant besó la fotografía—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Se llama Arthur Green, y es un... delincuente de los peores —aclaró Georgina.

—Entonces, no es mi hermano. La honradez de mi familia...

—Señor Maynard, ese hombre, Arthur Green, falleció hace un par de semanas en Miami, abatido a tiros por la policía de allá. Tres

días antes él y un grupo de compinches habían asaltado una camioneta blindada que transportaba ochocientos mil dólares en efectivo...

—¡Querido hermano...!

—Señor Maynard, nosotros estamos hablando en serio. Hay una recompensa del diez por ciento para quien recupere esos ochocientos mil dólares. ¿Le interesa el asunto?

CAPÍTULO II

Grant Maynard volvió a mirar la fotografía. Asombroso. Por supuesto, en definitiva, no podía engañarle a él, pero era porque sabía perfectamente que nunca había estado con el tal Arthur Green. Pero cualquier persona habría aceptado tranquilamente aquella foto. ¿Hermanos? Pues sí, ahora que se fijaba bien, el tal Green y él se parecían bastante. Más que bastante. ¡Se parecían mucho!

—Puedo escucharles —contestó por fin Grant—, pero no entiendo muy bien que la policía tenga que recurrir a mí para una cosa así. Y otra cosa: ¿pueden ustedes identificarse como policías?

Tolliver sacó una placa de un bolsillo interior, y la mostró a Grant al mismo tiempo que Georgina, la cual la sacó de su bolso, en el que Grant alcanzó a ver un «Colt» 38. Soltó un gruñido y miró de nuevo la fotografía. ¡Puñetero Green, cómo se le parecía...!

—No me digan que tengo que hacerme pasar por hermano de este sujeto engañando a alguien.

—La idea va por ahí —admitió Tolliver—. Le explicaré lo que pasó. Primero, Green y su gente robaron los ochocientos mil dólares, matando a dos de los vigilantes que viajaban en la camioneta... Sí, ya ve: asesinos, señor Maynard. Nosotros, Georgina y yo, estamos dispuestos a cederle a usted la totalidad de la recompensa, menos los gastos, claro, con tal de...

—¿Qué gastos?

—Tendrá usted que viajar, alojarse en hoteles de cierto nivel, presumir un poco de dinero. Pero no se preocupe. De momento, el Departamento de Policía de Miami, por supuesto extraoficialmente, va a financiarle a usted. Al final, si todo sale bien, pasaremos cuentas.

—¿Qué quiere decir si todo sale bien? —masculló Grant.

—Si estamos dispuestos a utilizarle a usted, prescindiendo de la ayuda de nuestros colegas de Nueva York, es precisamente para evitar posibles complicaciones. Antes de recurrir a medios decididamente policiales, nos gustaría intentar resolver el asunto sin sangre. Esto sólo podemos conseguirlo utilizándole a usted, me parece. Pero déjeme que le explique. Como le decía, tendrá usted que viajar, si bien puede empezar su labor en Nueva York, y, si hubiese suerte, todo terminaría aquí. Pero no será tan fácil, me temo. Vamos con esos ochocientos mil dólares, que, a nosotros, particularmente, nos importan bien poco, si he de serle sincero. En cambio, queremos atrapar a la persona que se los quedó...

—¿Alguno de la banda, a quien quieren hacer creer que yo soy hermano de ese Green?

—Más o menos, así es. Pero sigamos un orden: Green y sus hombres robaron el dinero y escaparon. Dos días más tarde, tuvimos la suerte de cazar a uno de los de la banda, y naturalmente, le apretamos los tornillos. No sabía dónde estaban los demás, porque así había sido convenido entre ellos por si surgían dificultades. Pero sabía que dos días más tarde, Arthur Green, el jefe de la banda, estaría en el hotel Queensland, de Miami Beach, llevando la llave del compartimiento de una estación de autobuses donde habría dejado el dinero, con el fin de repartirlo un poco más adelante, cuando las cosas se hubieran calmado.

—Muy astutos, ¿verdad?

—Es vulgar —gruñó Tolliver—. Pero eso no importa. Lo que importa es que nosotros, claro está, nos instalamos en el Queensland Hotel adecuadamente, para recibir a Green y darle caza... Como no queríamos armar un alboroto en el que alguna persona inocente pudiera resultar herida, nos tomamos las cosas con calma. Decidimos esperar a Green en la habitación que había reservado en el Queensland, y cazarlo por sorpresa, sin violencia de ninguna clase, discretamente. De modo que nos instalamos en su habitación, para esperarle...

—Fue un error —murmuró Georgina.

—Sí —gruñó Tolliver—, fue un grave error. ¿Y sabe por qué, señor Maynard? Pues porque el muy granuja de Arthur Green había quedado citado allí con su amigueta, cosa que nosotros no sabíamos.

Sí sabíamos, desde luego, que Green tenía una amante, pero no sabíamos nada más de ella..., ni lo sabemos ahora. Pero espere, espere... Como le decía, Arthur Green había quedado citado allí con su fulana. Ella le estaba esperando, y... ¿qué diría usted que sucedió?

—Que les vio a ustedes entrar en la habitación de Green.

—Me gusta su perspicacia. En efecto, así fue. Total, que en cuanto Green apareció en el pasillo de aquel piso, la fulana le avisó, y el sujeto salió disparado del hotel. Por fortuna, habíamos dejado un par de hombres fuera, que le vieron y le dieron el alto... Por toda respuesta, Green sacó su pistola.

—Y sus compañeros lo mataron.

—Por supuesto. No sólo para defenderse ellos mismos, sino porque Green podía haber herido o matado a otras personas. No hubo más remedio, señor Maynard.

—Bueno, ¿a qué lamentarse? Era un asesino, ¿no?

—No era un ángel, se lo aseguro. Bien, allá teníamos a Arthur Green, muerto..., pero sin la llave del compartimiento donde había dejado el dinero. De la banda quedaban en libertad todavía tres hombres, pero éstos, de acuerdo a lo convenido, debían estar lejos de allí, posiblemente esperando a Green después que éste hubiera pasado unos cuantos días en el Queensland como un honrado turista en compañía y goce de su amante. Así que fíjese: Green no llevaba la llave encima, y ninguno de sus hombres estaba cerca para haberse hecho cargo de ella. ¿Conclusión?

—Le entregó la llave a su fulana.

—Perfecto, señor Maynard. No tenemos la menor duda de que así ocurrió. La fulana apareció en el pasillo en cuanto Green salió del ascensor o quizá subió a pie, pues era sólo un segundo piso, y le avisó. Green comprendió que la cosa se iba a complicar para él, y, antes de intentar huir, le entregó la llave a la fulana en cuestión.

—Y ustedes no saben quién es la chica.

—No. No lo sabemos... con seguridad, pero tenemos cuatro pistas.

—Cuatro, nada menos —sonrió Grant.

—Cuatro. En aquella planta del Queensland Hotel hay catorce habitaciones, de la 201 a la 214... Georgina, ¿tiene ahí el plano que hicimos?

—Sí.

La señorita Calhoun buscó en su bolso, sacó una hoja de bloc doblada, y la entregó a Grant Maynard, que la desdobló y la miró. La cosa no podía ser más simple: un pasillo largo, con las habitaciones pares a un lado y las impares al otro, en un extremo del pasillo, el hueco del ascensor, y, al lado de éste, el de las escaleras, en el otro extremo del pasillo, una ventana. Las catorce habitaciones estaban dibujadas por simples separaciones de líneas, y dentro de cada espacio, había el número correspondiente a cada habitación. Era un plano de lo más sencillo y claro...

—¿Qué son estos círculos que han dibujado en los lados del pasillo? Uno, dos, tres, cuatro... ¿Qué son estas cuatro cosas?

—Somos perfeccionistas —sonrió secamente Tolliver—. Son grandes tiestos con plantas de interior. Dos a un lado y dos a otro, alternándose. Pero lo que importa, señor Maynard, son las habitaciones. Es decir, la gente que había en ellas. Una vez investigadas esas personas, llegamos a la conclusión de que solamente cuatro merecían nuestra atención. Cuatro mujeres que estaban allí solas. En cambio, las demás habitaciones estaban ocupadas por matrimonios, algunos con niños, y, en general, gente de fiar. Como comprenderá, si la fulana de Green le estaba esperando no iba a presentarse allí con su anciana mamá, o con su marido y un par de niños, etcétera. Tenía que ser, pues, una de las cuatro mujeres que estaban solas.

—¿Las interrogaron?

—No.

—¡Hombre...!

—No habríamos conseguido nada, señor Maynard. Ella sabe que nosotros no sabemos quién es, de modo que le bastaba decir que no sabía nada de nada, es decir, lo mismo que los demás clientes del hotel alojados en el piso segundo, para que la dejásemos en paz. Pero, al mismo tiempo, nosotros le revelábamos que sabíamos que Green había tenido una amiguita, con lo que la pondríamos en guardia. En cambio, si no la interrogábamos, si simulábamos que ni siquiera sabíamos de su existencia, ella se confiaría, tarde o temprano, o bien, se confiarían los demás miembros de la banda, que acudirían a pedirle la llave del compartimiento donde están los ochocientos mil dólares. Esto es lo más probable: que acuda algún

miembro de la banda. Pero no basta que haya pasado una temporada prudencial, claro está. Mientras tanto, la fulana de Green, a la que llamaremos señorita Key, todo lo que tiene que hacer es esperar.

—Quizá la llamen por teléfono...

—No. Podríamos haber intervenido el de todas las personas que estuvieron en el Queensland en el segundo piso. No la llamarán. Irán a ella, o ella irá a ellos. Pero después de dejar pasar un tiempo, como le digo. Georgina y yo hemos venido a Nueva York porque, de las cuatro sospechosas, la que más nos..., atrae es la de aquí, y queríamos ver si conseguíamos algo. Y de pronto, hace tres noches, cuando decidimos distraernos un rato, y entramos en el Tobago, lo vemos a usted... Nos quedamos pasmados, señor Maynard. Y casi enseguida, se nos ocurrió la idea. La hemos estado discutiendo, hemos preparado la foto..., y ahora nos gustaría saber qué opina usted.

—Según deduzco, yo tendría que presentarme a esa chica de Nueva York diciendo que soy hermano de Arthur Green.

—Exacto. Se presenta usted como su hermano, dice que él le había hablado de ella varias veces por teléfono, en fin, cualquier mentira. Le enseña la fotografía.

—Pero si la chica no es la fulana de Green...

—Pues a por la siguiente, hasta dar con la pájara. Fíjese, señor Maynard, que, si usted localiza de ese modo a la señorita Key, no habrá disparos, ni complicaciones de ninguna clase. Simplemente, ella entregará la llave y, posiblemente, nos dirá dónde están escondidos y a la espera los restantes miembros de la banda. ¿No es esto mucho más sencillo e inteligente que andar soltando tiros por ahí... o deteniendo a cuatro mujeres, tres de las cuales son inocentes?

—Supongo que sí —tuvo que aceptar Grant.

—Tenemos aquí —dijo Georgina, sacando ahora un sobre de su bolso— unas fotografías que tomamos a cierta distancia de esas cuatro mujeres, una de las cuales es la señorita Key. En cada fotografía está anotada su dirección y algunos datos que podrán serle útiles a usted en determinado momento...

—Espere. ¿Y si cuando encuentre a la señorita Key resulta que los amigos de Arthur Green están por allá cerca?

—Habrá un poco de jaleo —dijo Tolliver—. Pero, señor Maynard, nosotros también estaremos cerca de usted. Digamos... discretamente cerca.

—Pero eso no es seguro que evitase que me metieran un balazo en el ombligo,  verdad?

—No, no es seguro.

—Bueno, ustedes no pueden exigirme que acepte este juego.

—No le estamos exigiendo nada —se sorprendió Tolliver—. Lo  nico que hacemos es apelar a su sentido humanitario en el sentido de evitar riesgos a otras personas..., y ofrecerle ochenta mil dólares. Puede tomarlo o dejarlo, señor Maynard.

Grant titubeó. Tom  las fotografías que le tendía Georgina, y echó un vistazo a la primera.

— Coj...! —exclamó, deteniéndose a tiempo y mirando de reojo a Georgina—.  Digo, caray!

—En el fondo, tendría que estarnos agradecidos —sonrió Georgina—, porque como verá, no le vamos a poner en contacto con esperpentos, precisamente.

Grant pas  rápidamente las fotografías, para mirar los rostros de las otras tres posibles señoritas Key, y fue de pasmo en pasmo.

—Caracoles...  Caracoles!

—Como usted comprender  —intervino Tolliver—. Green no iba a echarse de amante a un trasto. Tenía buen gusto para todo.

— Jolines!

Fue mirando los nombres y direcciones escritos tras las fotografías. Eran los siguientes:

Rose Avery. New York City.

Jessica Newcomb. Montgomery (Alabama).

Norma Delmare. Artesia (Nuevo México).

Olivia Saint Cyr. Boston (Massachusetts).

Y también, las direcciones dentro de las respectivas ciudades. Y otros datos.

— Y bien, señor Maynard?

— Voy a ir armado?

—De ninguna manera —negó enérgicamente Tolliver.

—Para eso —dijo Georgina— haríamos las cosas a nuestra manera. Usted parece no haber entendido que nuestra intención es precisamente evitar que...

—Lo he entendido perfectamente —gruñó Grant.

—Pues sólo tiene que decir sí o no, señor Maynard.

Grant miró de Georgina a Tolliver, y viceversa. Georgina era preciosa. Tolliver tenía buena pinta, y una barbilla agresiva, sólida. Eran dos bellos ejemplares humano que, evidentemente, más de una vez se habrían jugado la vida al servicio del ciudadano norteamericano. ¿Y acaso no era ésta una experiencia muy digna de ser vivida?

—De acuerdo —murmuró—. Acepto.

—Estupendo —dijo Tolliver.

—Y gracias, señor Maynard —añadió Georgina—. Estoy segura de que no tendrá que arrepentirse de su gesto.

—Tenemos que concretar un poco más todo esto —dijo Tolliver—. ¿Dónde está usted alojado?

—En una pensión que...

—No, no. No sirve. Además, ni mucho menos interesa que se presente usted ante Rose Avery diciendo que reside en Nueva York. Tiene que llegar de lejos... Y comprarse otras ropas, y recortarse un poco el cabello, y...

—Espero que no quieran comprarme un chupete —gruñó Grant Maynard.

Georgina y el teniente Tolliver se echaron a reír. Grant miró a uno y otra frunciendo el ceño, pero al cabo soltó él también una carcajada.

¿No era divertido todo aquello?

Aquella misma noche, Grant Maynard partió en bus hacia Atlantic City, donde se alojó en un modesto hotel. Al día siguiente, se cortó el cabello (muy poco), se compró una maleta, algo de ropa incluido un traje, zapatos... Al mediodía, salía de Atlantic City de regreso hacia Nueva York, donde se alojó en el Prince Hotel, en la Cuarta Avenida, convertido en un señor, papel que desempeñó con toda naturalidad, sin un solo fallo.

Por la noche, salió a tomar un par de tragos por Broadway y Times Square, y tuvo la suficiente fuerza de voluntad para no acercarse al Tobago a ver los encantos de Didi Lorenay..., aunque sin dejar de pensar en ella. Mal asunto. Eso de recordar con tanta insistencia a una sola chica era mal asunto, sí. Por cierto, ¿con quién habría pasado la noche anterior Didi..., y con quién la pasaría

esta noche? ¡Que se fuese al cuerno!

Regresó a su hotel cerca de la una de la madrugada, sobrio como un ciprés, pero cabreado como un mico por culpa de Didi Lorenay. ¡Que se acostase con quien quisiera, la muy...!

El teléfono sonó cuando Grant estaba terminando de ponerse el pijama.

—¿Sí?

—Buenas noches, señor Maynard —oyó la dulce voz de Georgina Calhoun—. ¿Cómo va todo?

—Espléndidamente.

—Me alegro. ¿Le parece bien empezar mañana?

—Claro. No voy a pasarme la vida en este asunto, digo yo.

—Por supuesto. Que descanse... Y buena suerte.

Grant Maynard soltó un gruñido, y colgó.

Minutos más tarde, se acostaba, y otros pocos minutos después, quedaba dormido.

Y claro está, soñó con Didi Lorenay.

Pero los sueños de Grant Maynard con la señorita Lorenay no son transcribibles.

Demasiados íntimos.

CAPÍTULO III

El conserje asintió, mientras a Grant le parecía observar una cierta chispita irónica en el fondo de sus feos ojos.

—Si, señor, apartamento 709.

—¿Sabe usted si está ahora?

—Claro que está —dijo el hombre, tendiendo la mano.

Grant miró la mano que se le tendía, no poco sorprendido. Pero era un muchacho bien educado, así que la tomó, la apretó afectuosamente, y se dirigió hacia el ascensor. Cuando cerraba la puerta de éste pudo ver al conserje, mirándole con el ceño fruncido, en verdad cabreado. ¿Qué demonios le pasaba al tipo? ¿Acaso quería que además de estrecharle la mano lo hubiera besado?

¡Asco de gente!

Séptimo piso. Salió del ascensor, buscó la puerta setecientos nueve, y pulsó el timbre. Eran las once y cinco de la mañana. Grant Maynard estaba elegante y guapísimo con su traje nuevo, bien afeitado y varonilmente perfumado. Un bombón de hombre: alto, guapo, moreno...

La puerta se abrió.

Y Grant reconoció inmediatamente a Rose Avery, pese a que las fotografías que había visto de ella no la hacían justicia. Era mucho más guapa al natural. ¡Muchísimo más! Alta, pelirroja, ojos verdes, cuerpo sensacional... Estaba descalza, y vestía solamente una faldita corta y algo parecido a una blusa mal abotonada que permitía ver estupendamente una gran porción de sus pechos gruesos, macizos, blancos, magníficos. Tan sólo por mirar a aquella mujer un hombre no podía por menos de notar la llamada de la naturaleza, en forma de la más masculina de las reacciones.

—¿Sí? —le sonrió Rose Avery.

—¿Señorita Avery?

—Claro, encanto. Anda, pasa. No vamos a contarnos nuestras vidas en el pasillo, ¿verdad?

Grant entró en el apartamento, con la impresión de que la cosa no iba a ir nada bien. Pero se sobrepuso rápidamente a esta impresión. ¿Qué esperaba? ¿Que ella hubiese dicho enseguida algo así como «¡Hola, soy la amante de tu hermano! Pasa, que te daré la llave»?

Llegaron al saloncito. Era una bombonera. Algo verdaderamente primoroso, electrizante, estimulante. La mirada de Grant quedó fija en uno de los cuadros, de indudable procedencia japonesa, donde un japonés y una japonesa, ambientados en el siglo pasado y revueltos con sus recargados ropajes, se dedicaban al acto sexual con cara verdaderamente oriental, sin expresar absolutamente nada. Lo que más llamaba la atención era la masculinidad del hombre, bien visible, enorme, complaciendo de lleno a la impasible dama japonesa de diminutos ojos rasgados.

—Caramba —dijo Grant, señalando el cuadro.

—¿Te gusta?

—Es una barbaridad. Me refiero a lo del tipo ese. ¿Existe algo así?

—¡Tú sabrás! —rió Rose.

—No, yo no sé. Mi... Personalidad es mucho más modesta.

Rose Avery se echó a reír. Grant sonrió, y miró otros cuadros. Allí, todo iba de lo mismo, dale que dale. Japoneses, hindúes, occidentales, negros, todos dedicados a la misma actividad. Desde luego, no parecía probable que la humanidad fuese a extinguirse...

—¿Quieres tomar algo?

—Bueno. Un vaso de leche.

—¿Un qué?

—Con cacao. ¿No te habló Arthur de esta costumbre mía?

—¡Ah...! ¿Te envía Arthur?

Grant Maynard sintió como si el estómago se le volviese del revés súbitamente.

—Bueno, no exactamente, ya sabes... Digamos que hace tiempo me habló de ti, y después de aquello que pasó en Miami, pues... te he recordado.

—Ya.

—Eres mucho más bonita de lo que Arthur me dijo. Rose.

—Gracias, encanto. Oye, eso de la leche... ¿es verdad?

—¿Qué otra cosa tienes, si no tienes leche?

—Hombre, a estas horas, por lo menos una cerveza, ¿no?

—Bueno. Cerveza. En realidad, más vale no tener leche que tenerla mala. Es un chiste.

Rose rió.

—¡Muy bueno! —aseguró.

—Sé otros mejores. ¿Estás criando?

—Criando, ¿qué?

—Mujer, un niño.

—¡Claro que no! ¡Ni que fuera idiota!

—¿Quieres decir que criar un niño es de idiota?

—¡A ver...! ¡Ahora me voy a poner a parir y criar...!

—Pues si no crías, claro, no tienes leche. Es otro chiste. Apuesto a que Arthur te dijo más de una vez que siempre ando contando chistes.

—Pues la verdad es que no. Bueno, ponte cómodo. Iré a por la cerveza. Pon música, si quieres.

Grant asintió, y se acercó al moderno y formidable tocadiscos que la muchacha había señalado. Colocó un LP, fue a sentarse, y encendió un cigarrillo. ¿No era fantástico? El primer disparo, y ya había dado en el blanco.

Movió la cabeza. No, no, no... Algo no iba bien allí. No era un bobo, ciertamente, y las actividades de Rose Avery le parecían de lo más claras. Era una puta casera. O sea, un tipo iba allá, llamaba, entraba, hacía su juerga, y ¡adiós, Rose, ya volveremos a vernos otro día, chata! Claro, había por lo menos un par de alternativas en esto. Una, que Arthur Green no hubiese sabido a qué se dedicaba Rose cuando él no estaba..., lo que significaría que Green había sido un cretino total. Dos, que sí lo sabía pero que le importaba un comino, lo que le convertía en un cornudo integral. Bueno, o en un desaprensivo total, que disfrutaba de la chica y quizá de lo que ella ganaba, y, entre juerga y juerga con ella, se dedicaba a sus atraquitos..., hasta que había conseguido el golpe bueno en Miami. ¿Por qué no podía ser esto? ¿Acaso podía esperar que un sujeto como Arthur Green fuese un puritano?

No, señor, Arthur Green no daba el tipo de puritano, más bien,

el de un completo granuja, de un golfo. Es decir, que si quería que creyeran que era hermano de Arthur Green, no podía ser menos golfo que él.

Pues muy bien.

Rose reapareció en el salón con una bandeja, dos copas y dos cervezas en aquélla..., y un gesto de espanto en el rostro.

—Pero... ¿qué has puesto? —exclamó.

Grant se puso en pie de un salto, y miró el asiento del sillón que había ocupado.

—Nada —dijo—. ¡Menudo susto me has dado! ¡Creí que había puesto un huevo!

Rose quedó pasmada un instante. Luego rió. Acto seguido señaló el tocadiscos.

—¿Qué has puesto ahí?

—Ah. Un disco.

—Pero... ¿eso es música?

—¡Toma, claro! Nada menos que Claude Debussy.

—¿Qué?

Grant frunció el ceño.

—Escucha, nena, el disco estaba en tu discoteca, así que no me vengas con tonterías.

—¡Eso no podía estar con mis discos! Oh, bueno, algún hijo de boba debió traérmelo como regalo, y lo dejó ahí... ¿Quieres quitarlo de una jodida vez? ¡Y pon algo que valga la pena!

Diciendo esto. Rose se volvió de espaldas a Grant, y se inclinó para dejar la bandeja en una mesita baja. La mirada de Grant se clavó en el hermoso trasero de la muchacha, y casi se le fue el pie hacia allí. Habría sido de lo más divertido atizarle un buen patadón, decirle que era una inculta musical y una puta hogareña, y largarse. Porque una cosa era que Arthur Green hubiese sido un desaprensivo, un granuja y un golfo, y otra cosa que hubiera sido idiota para liarse con aquella belleza de cabeza hueca y lengua vulgar.

Pero lo que hizo Grant Maynard fue cambiar el disco. Rose sonrió cuando por los dos altavoces comenzaron a sonar los alaridos juveniles, y se dedicó a mover las caderas. Se las dio de fina con lo de servir en copas, una de las cuales ofreció a Grant, que se había acercado a ella.

—¡Esto sí es música! —jadeó.

—Tan música es esto como mujer eres tú —sonrió Grant.

—¡Hombre, muchas gracias...! ¡Tú sí que entiendes!

—Huy, ya lo creo.

—¡Salud!

—Gracias, hetaira.

—¿Qué?

—¿No sabes lo que quiere decir hetaira?

—Oh, sí... ¡Pero no lo recuerdo ahora!

—Claro, claro... Lo comprendo. A mí se me olvidó una vez el significado de la palabra «mosca». ¡Qué tontería!, ¿verdad? Pero eso pasa mucho cuando se repite la misma palabra dale que dale... Puedes probarlo cuando quieras, como hice yo entonces, con unos compañeros de escuela. Nos pusimos a decir todos mosca, mosca, mosca, mosca, mosca, mosca..., y al final, ya no sabíamos ni lo que decíamos. ¿Comprendes? Pues eso mismo debe haberte pasado a ti con la palabra hetaira.

Rose Avery, que escuchaba fascinada a Grant, asintió con la cabeza, incapaz de más.

—Salud —dijo él.

—¡Oh, sí!

Bebieron. Luego Grant frunció el ceño.

—Pues, querida, hetaira, según los más doctos diccionarios, es una palabra o voz de origen griego que, originariamente, significa «amiga o compañera», y fueron llamadas así, precisamente, las más bellas y fascinantes cortesanas griegas de elevada condición, si, por lo general eran personas muy instruidas, agradables en el trato, delicadas, maravillosas. Ahí tenemos, por ejemplo, a las que lo fueron, Thais y Aspasia, entre otras. ¿Comprendes?

—Eres..., eres muy amable, de veras...

Grant sonrió, y tentado estuvo de decirle: «Pero oye, tarugo, ¿no sabes que en idioma coloquial, figurado, vulgar y populachero, hetaira significa puta y más que puta?».

En vez de eso, dijo:

—Lo que te mereces, querida. Y a propósito de amabilidad: tu portero es un caso. Un caso de amabilidad. Fíjate que el hombre, después de decirme que sí, que la señorita Avery vive aquí y que estaba en casa, va y me tiende la mano. ¡Amable en verdad!

Naturalmente, como soy un buen demócrata, se la he estrechado, no faltaba más.

Rose Avery se dejó caer en el sofá, riendo a carcajadas sonorísimas. Grant se sentó a su lado, le abrió más la blusa, y le dio un pellizquito en un pezón.

—¡Ay, Dios mío! —reía Rose—. ¡Le has dado la mano...! ¡Pero si lo que él quería era una propina!

Grant pareció quedar consternadísimo.

—¿Qué me dices? —se lamentó—. ¡Acabas de derrumbar mi fe en el género humano!

—¡Le has dado la mano...! ¡Esto es destornillante!

—¿Cómo has dicho?

—¡Es destornillante!

—Destornillante. Ya. Vaya, qué susto me has dado. —Creí que habías dicho desternillante. Con E, ¿comprendes?

—¡No, hombre! ¡Destornillante!

—Pues nada, vamos a destornillarnos. A ver: je, je, jo, jo, ja, ja...

Rose Avery arreció en sus risas. Era un vendaval de carcajadas. Grant la contemplaba amistosamente. Bueno, ¿qué culpa tenía la chica de ser tonta, además de puta? Bien, lo de puta quizá podría haberse evitado, pero no lo de tonta. Cuando alguien es tonto, lo es para siempre. ¿O no? Comenzó a meditar sobre esto. ¿Podía curarse la tontería, como se cura por ejemplo un grano, o un resfriado, o el sarampión? Interesante tema. Porque tenía algunas vertientes dignas de estudio. Por ejemplo, una cosa es ser tonto auténtico, por una mala jugada de la naturaleza, de la cual nadie está libre, y otra cosa es ser tonto como consecuencia de la ignorancia, que ésta si puede curarse. Decidió concederle a Rose la oportunidad de ser tonta por ignorancia, que era menos malo y hasta posible de solucionar.

—¡Eres de lo más divertido! —seguía riendo Rose—. ¡De lo más divertido, te lo digo yo, que he conocido tipos a montones!

—¿Quieres decir que has tenido montones de tipos a la vez encima tuyo?

—¡Pues no creas, una vez...! ¿Cómo te llamas?

—Andrew —se apresuró a ir a lo suyo Grant—. Y éste es mi hermanito, mira qué guapo.

Había sacado rápidamente la fotografía, y la puso ante los ojos

de Rose Avery, espiando atentamente su reacción. Rose Avery miró con interés la fotografía, y asintió:

—Sí que es guapo, sí... ¡Pero tú lo eres más!

—Gracias, hetaira. Pero... creí que te gustaba mi hermano.

—No comprendo.

—Bueno, considerando que con él has llegado a...

—Oye, oye, nada de eso. ¡Es la primera vez que veo a tu hermano!

—No me digas.

—¡Pues te digo!

—Pero antes, cuando he dicho que venía de parte de Arthur, me ha parecido que lo conocías...

Estaba haciendo el tonto, y lo sabía. Pero ya no podía hacer otra cosa.

—Pero no era este Arthur, hombre, sino Arthur Downes... ¿Lo conoces?

—No, a ese Arthur, no.

—¡Vaya! ¿Entonces quién te ha enviado aquí?

—¿Qué me das si te lo digo?

Rose Avery volvió a reír.

—¡Hacía tiempo que no reía, Andy! —exclamó—. ¡Eres todo un tío bueno, te lo juro! Así que no te voy a dejar escapar fácilmente.

—El caso es que...

—¡Quita ahí, pimpollo! ¿Es que no te gusto?

—Ah, eso sí, nada que oponer a eso, nena.

—Pues te vas a quedar aquí un buen rato... ¡Horas! Oye, voy a llamar a Joe, para que diga a los demás clientes que hoy no estoy en casa. ¿Eh? ¿Qué te parece?

—Te advierto que yo no soy el japonés ese —señaló Grant el cuadro.

—¡Ni hace falta! —se «destornilló» de risa Rose—. ¡Eres alto, guapo, moreno y simpático! ¿Qué más se puede pedir? Y no te creas que voy a pedirte ningún extra por la invitación, cariño. Para ti, ¡todo gratis!

—¿Qué te parece?

—Eso digo yo: ¿qué te parece?

—Una ganga.

Sin dejar de reír, Rose Avery llamó por teléfono al portero, le

dio el recado, colgó, y trotó hacia el sofá, echándose en los brazos de Grant Maynard, y maullando:

—¿Qué cositas le vas a hacer a tu gatitaaaa...?

—¡Las que me de la gatitaaa...!

Se sentía mejor. Bastante mejor. ¡Caray con la gatita...!

Había salido de su apartamento a las seis de la tarde, y casi se sintió tentado de pedirle al portero que le ayudase a llegar hasta la calle y que le pidiese un taxi. Pero el hombre le miraba con mala cara, así que desistió. Podía haberle dado la propina entonces, pero jamás en su vida daría propina a quien no supiese aceptar una broma con una sonrisa. Así que salió a la calle por sus propios medios, tomó un taxi, y...

Sí. Se sentía mucho mejor, después de ducharse y devorando ya la espléndida cena (con champaña, claro) que se había hecho servir en su habitación del elegante Prince Hotel. Y sabía ya lo que iba a hacer: se pondría a leer el cómic que había comprado, tomando un *whisky*, y se dormiría como un angelito. Quería estar descansando al día siguiente, porque...

El teléfono.

Fue al aparato, de mala gana.

—Diga, Georgina —masculló.

—Nada, ¿verdad?

Grant soltó un bufido.

—Escuche, dígame a Tolliver que a ver si investigan un poco mejor a la gente, ¿quiere?

—Señor Maynard, comprenda que no estamos en nuestro terreno, y que si...

—De acuerdo, de acuerdo. Pero ¡jolines!, ha sido toda una cruzada, se lo aseguro.

—¿Qué ha pasado?

—Pues ha pasado que... Mire, no se lo iba a creer, así que vamos a dejarlo. Sólo le diré que, a mi lado, el japonés era una birria, seguro.

—¿Qué japonés?

—Adiós, Georgina. Estoy cenando, luego quiero leer un rato tomando un *whisky*, y dormir hasta el mediodía. No me llamen, no me molesten, no me incordien. Noticia: salgo a las dos de la tarde hacia Boston. ¿Comprende?

—De acuerdo, señor Maynard. Nos veremos allí.

—Si no hay niebla —gruñó Grant.

CAPÍTULO IV

No había niebla en Boston. Por el contrario, lucía una espléndida y soleada tarde de otoño realmente encantadora. Y además, la elegancia y distinción de Boston, sus avenidas serias, cuidadas...

Y aquella mansión en Prospect Avenue...

Según los informes de Georgina y Tolliver, Olivia Saint Cyr, la siguiente posible señorita Key, vivía en aquella mansión. Y, de pie ante ella, contemplándola al sol declinante de tan bella tarde otoñal, Grant Maynard se dijo que de nuevo iba a fallar. Porque si increíble era que una puta hubiese satisfecho a Arthur Green, no menos increíble parecía que semejante tipo hubiese tenido relación con una persona que vivía en aquella mansión.

Imposible.

Aunque, claro, había que tener en cuenta la posibilidad de que la tal Olivia Saint Cyr no fuese la dueña de la casa, ni nada parecido, sino una criada, una secretaria, una profesora... Cualquier cosa así.

De modo que Grant se acercó por fin a la casa, y llamó a la puerta. Naturalmente, le abrió un mayordomo, digno y suave como correspondía a su alto cargo doméstico.

—Diga, señor —pidió amablemente.

—Quisiera ver a la señorita Saint Cyr... Olivia Saint Cyr.

—¿De parte de quién, señor?

—Bueno... Dígale que de un amigo de un amigo suyo de Miami. Es importante.

—Tenga la bondad de pasar, señor. Por aquí, por favor.

El mayordomo lo llevó a un salón impresionante, pero que no pareció impresionar en absoluto a Grant Maynard. Cuando quedó solo, se dedicó a mirar los cuadros del salón. Inobjetables. Por

supuesto, ni el más remoto parecido con los cuadros que tenía Rose Avery. Clase y calidad, buen gusto y dinero...

Oyó abrirse la puerta, y se volvió. Apareció el mayordomo.

—La señorita Olivia, señor.

Grant dirigió la mirada hacia donde iba a aparecer el rostro de Olivia Saint Cyr. Lo recordaba perfectamente: un rostro hermoso, de facciones delicadas, ojos claros... No vio rostro alguno..., hasta que bajó la mirada. Se quedó mirando, atónito, a la preciosa niña que caminaba graciosamente hacia él, mirándole con curiosidad. Debía tener siete u ocho años.

—¿Quería usted verme, señor? —preguntó la niña.

—Esto... Eee... O sea... ¿Señorita Olivia...?

—Sí, sí. ¿Con quién tengo el gusto de hablar, señor?

—Pu..., pues con..., con... Bueno, soy Andrew Green.

—Mucho gusto, señor Green. ¿Sabe?, no tengo ningún amigo residente en Miami, pero quizá alguno esté allí de vacaciones ahora, aunque no adivino cuál pueda ser... ¿Terry, quizá?

—Pues... no. No, no, no es Terry... No.

—Bueno, es lo mismo. Todos los amigos son buenos. ¿No quiere sentarse, por favor?

Grant Maynard tragó saliva, y se sentó en un sillón, después de esperar a que lo hiciese la niña, que le sonrió de un modo en verdad delicioso.

—¿Tomaría un refresco, señor? Podemos pedirle a Edmond que nos sirva una naranjada. ¿Le parece bien?

—Bueno, yo... Naranjada. Oh, sí, perfecto. ¡Perfecto!

—Edmond, por favor —se volvió la niña al mayordomo—. ¿Sería tan amable de servirnos una naranjada al señor Green y a mí?

—Con mucho gusto, señorita Olivia.

El mayordomo salió del salón, cerrando cuidadosamente la doble puerta. La niña sonrió de nuevo a Grant, que se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—O quizá sea Dick —dijo la niña.

—¿Eh?

—Podría ser Dick. El amigo de Miami que le envía.

—Ah, Dick... Vaya, pues no... No, tampoco es Dick, no.

—¡No me diga quién es! ¡Estoy segura de que podré adivinarlo!

Si no es Terry, ni tampoco Dick... La verdad es que no sé. Estamos todos en Boston, que yo sepa.

—Bueno, alguno habrá en Miami, ¿eh?

Grant Maynard sabía que estaba empezando a sudar. Y no sólo por la excelente calefacción de la casa. Estaba empezando a sudar debido a su propia tontería. ¿Por qué demonios no había dicho desde el principio que no era aquélla la señorita Olivia que él quería ver?

—Tampoco puede ser Jerry, ¿verdad, señor Green?

—No, me temo que tampoco es Jerry.

—¡Caramba, pues...! ¡Oh!

—¿Qué te pasa?

—Es que no se dice caramba. No se deben decir esa clase de exclamaciones.

—Claro que no. No es elegante.

—Menos mal que mamá no me ha oído. De todos modos, yo no digo muchas. ¡En cambio, Arnold...!

—Arnold. Ya. ¿Quién es Arnold?

—Mi hermano. Sólo tiene cinco años, pero dice cosas así, y además, alguna vez, hasta palabrotas.

—Eso está muy mal —sentenció Grant.

—El otro día dijo «puñetas».

—Horrible —movió Grant la cabeza—. Francamente horrible, querida.

La doble puerta del salón volvió a abrirse, y apareció Edmond, seguido de una camarera con uniforme que empujaba un carrito con una botella de naranjada y dos vasos en una bandeja. Grant Maynard hubiese querido estar a mil millas de allí. Permanecieron en silencio mientras el mayordomo servía con lujoso gesto la naranjada. ¿Y dónde demonios estaba la Olivia Saint Cyr que buscaba Grant?

—Espero que le guste, señor Green —dijo la niña.

—Estoy seguro de que sí —asintió Grant.

Bebió un sorbo. Estaba buena. La niña le miraba sonriente.

—¿Sabe? Gracias a usted estoy haciendo este extraordinario. Mamá no me deja beber toda la naranjada que me gustaría... Le estoy muy agradecida, señor Green.

—Bueno, pues... de nada. De nada, Olivia.

—¿Le sirvo más, señor? —se ofreció Edmond.

—Sí, sí. ¿Qué tal si nos tomamos otro vasito, Olivia?

—No, no. No hay que abusar. Ya tengo suficiente con este extraordinario. Pero usted puede beber cuanta guste, señor Green. ¡Seguro que su mamá no le prohíbe beber toda la naranjada que quiere!

—Pu..., pues la..., la verdad es que no. No, desde luego. Gracias, Edmond.

—No faltaba más, señor.

El mayordomo hizo un gesto, y la camarera retiró el carrito. Salieron los dos del salón.

—De todos modos, a mí siempre me sabe a poca —dijo la niña —, así que quizá mamá tenga razón, y no sea prudente beber mucha naranjada.

—Por supuesto que no es prudente. Dime, Olivia. ¿Dónde está tu mamá?

—Me parece que está hablando por teléfono con una amiga, en su salita privada. Bueno, ella dice que es su salita privada, ¿sabe?, pero Arnold y yo entramos siempre que queremos. No crea usted que porque me impida beber toda la naranjada que quiero mi mamá es mala o desagradable.

—Estoy seguro de que no, naturalmente. Y apuesto a que también tu papá es buenísimo.

La niña estuvo unos segundos mirando fijamente a Grant, y luego bajó la mirada.

—Sí, señor —musitó.

Grant se pasó la lengua por los labios. Claro, sabían a naranjada. Cielos, estaba haciendo el tonto como nunca en su vida. No recordaba haber pasado un momento como aquél en todo el tiempo que llevaba dando tumbos por ahí acumulando experiencias...

De nuevo se abrió la doble puerta del salón..., y Grant se puso en pie poco menos que de un salto al ver aparecer a la Olivia Saint Cyr que él estaba buscando. Alta, hermosa, casi majestuosa, bellísima... Para haber estado un par de semanas antes en Miami, aparecía muy pálida. Y Grant captó perfectamente la alarma en la mirada que le dirigió. Esto le produjo un vacío en el estómago. ¿Había acertado esta vez? Le parecía imposible. Y estaba tan absorto en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de las

explicaciones de la niña a su madre. De pronto, se encontró con que la madre, ante él, le tendía la mano.

—Encantada, señor Green.

—El placer es mío, señora.

—Me dice Edmond que ha venido usted de Miami con un recado de un amigo de Olivia.

—Bueno, señora, en realidad, ha habido... un pequeño equívoco que no sabía cómo resolver —sonrió Grant como pudo—. Lo cierto es que yo pedí por la señorita Olivia Saint Cyr, pero... me refería a usted. Lo siento, Olivia —miró a la niña.

—¡Ya me extrañaba a mí! —exclamó la niña—. Bueno, pero al menos hemos tomado naranjada, ¿verdad, señor Green?

—En efecto. No todo se ha perdido. Eres una niña preciosa y encantadora, Olivia. Me ha gustado mucho conocerte.

—Usted también es simpático —sonrió la niña—, pero un poco tímido. Adiós, señor Green —le tendió la mano—, me alegro de haberle conocido. ¡Es usted muy alto y muy guapo!

Grant todavía no se había recobrado cuando la niña salió del salón. Olivia Saint Cyr, madre, se sentó, y Grant hizo lo mismo en cuanto reaccionó. La espléndida mujer miró el vaso de naranjada, y sonrió.

—¿Prefiere algo más... adecuado para usted, señor Green?

—La naranjada es adecuada para mí, señora. Pero gracias.

—Bien... Dice que viene usted de Miami...

—Sí. Traigo... una fotografía que quisiera mostrarle.

Esta vez Olivia palideció tan intensamente que Grant llegó a temer que se desmayase. Pero no fue así, sino que la mujer conservó, al menos aparentemente, su aplomo y su seguridad..., pese a que su voz tembló ligeramente al susurrar:

—¿Qué..., qué fotografía?

Grant Maynard sacó la fotografía trucada, y se la entregó. No perdió de vista ni un instante el rostro de Olivia Saint Cyr, y así, pudo ver perfectamente, y con gran sorpresa, la expresión de alivio que apareció en su rostro. Sí, fue una clarísima expresión de alivio.

Olivia Saint Cyr parecía estar reviviendo cuando lo miró y preguntó:

—¿Y bien, señor Green?

—Imagino, señora, que nos ha reconocido usted en la foto.

—Sí, a usted sí, naturalmente. ¿Quién es el otro caballero?

—Mi hermano Arthur.

—Ah. Sí, es cierto, se parece mucho a usted.

—¿No lo había reconocido?

—¿A su hermano? La verdad es que nunca tuve el gusto de conocerle.

—¿Ni siquiera en Miami..., hotel Queensland?

Olivia Saint Cyr aspiró hondo y suave.

—Señor Green, ¿qué desea usted exactamente?

—Una llave de la que mi hermano me habló antes de... morir.

—¿Ha fallecido su hermano? De veras lo siento. Pero no comprendo... ¿Una llave? ¿Qué llave?

—Si la conversación se alarga mucho es posible que su marido regrese a casa, y eso nos colocaría a los tres en una situación enojosa, ¿no le parece, señora Saint Cyr?

—Mi nombre de casada es De Barrymore, señor Green. Saint Cyr es el de soltera. En cuanto al regreso de mi marido, no se preocupe demasiado por eso. Llegará tarde.

—Debe tener mucho trabajo.

—Sí... Sí, en efecto.

Grant Maynard entornó los ojos.

—O una amante, quizá —murmuró.

Olivia bajó la mirada al suelo, y no contestó. Había apretado los labios con un gesto de resolución, de firmeza. Grant Maynard empezó a comprender que otra vez había fallado..., pero tenía que asegurarse.

—Según entiendo, usted fue sola a Miami, señora.

—Sí, fui sola —dijo ella, mirándole de nuevo.

—El Queensland Hotel no es malo, pero yo diría que hay muchos otros bastantes mejores, más adecuados para usted. Conozco bien Miami, y sé que...

—Estuve bien allí. Era lo que quería, señor Green.

Grant miró la foto, que había recuperado. ¿Qué había temido Olivia que fuese la foto?

—¿Qué pensó usted que podía contener la foto? —murmuró.

—A veces, la gente toma fotografías que no debiera. Y en ocasiones, incluso contra la voluntad del fotografiado.

—Ya. Bueno, en esas ocasiones casi siempre son fotografías

comprometedoras. Por ejemplo, tengo la certeza de que más de una dama bostoniana que se siente abandonada por su marido puede temer esta clase de cosas. A veces, la soledad es... demasiado terrible, y, a fin de cuentas, todos somos humanos, y tenemos... necesidades muy concretas y normales.

—Ninguna dama bostoniana que se precie de serlo, señor Green, haría una cosa semejante en Boston. Sería demasiado peligroso. En Boston, y en nuestro círculo, esas cosas se sabrían, tarde o temprano. Y lo que al marido se le tolera, todavía hoy día no está bien visto en la esposa. Sería un golpe terrible para la familia.

—Sí, me hago cargo.

—Por otra parte, como usted bien ha dicho, todas las personas tenemos... tienen determinadas necesidades naturales muy... concretas.

—Bueno... ¿Sabe, señora? Si yo fuese una esposa engañada, y residiese en Boston, y sintiese esa clase de necesidades tan naturales, concretas, humanas y placenteras, pues..., me parece que me iría bien lejos de Boston de cuando en cuando, a..., distraerme. Hay lugares verdaderamente agradables: Acapulco, Río, las Bermudas, las Bahamas, Miami...

—Sí, lo sé.

—Se conoce gente nueva, simpática, dispuesta a pasarlo bien, y eso es como un... bálsamo que hace más llevadero el dolor de otras cosas. Y por otra parte, todos tenemos derechos a tener satisfacciones... personales. Me parecería muy natural, si yo fuese una dama bostoniana abandonada, buscar el modo de... compensar el desequilibrio.

—Pero usted no es una dama bostoniana —sonrió Olivia.

—No, no lo soy —sonrió también Grant, poniéndose en pie—. Pero si lo fuese y estuviese abandonada en ese sentido, le pondría a mi marido unos... atributos córneos de aquí al techo cada vez que mi cuerpo me lo pidiera.

—Eso estaría mal, señor Green.

—No demasiado. Todos tenemos derechos a los goces de la vida, señora De Barrymore. Pero le diré una cosa: ¿sabe lo que haría yo si fuera esa dama bostoniana y fuese a Miami, por ejemplo, a resarcirme del abandono sexual de mi marido?

—¿Qué haría usted, señor Green?

—Nunca utilizaría mi nombre auténtico, ni de casada ni de soltera. Es un riesgo innecesario. Tampoco iría siempre al mismo sitio, desde luego. El mundo es grande, maravilloso, y el avión es rapidísimo. Una persona con dinero puede ir a Hawái en pocas horas, pasar allá un par de semanas deliciosas mientras creen que está cuidando a una tía enferma, y regresar cuando... el cuerpo esté calmado... Pero nunca, nunca, utilizar el nombre verdadero. Ha sido un placer conocerla, señora De Barrymore.

—Gracias. Pero, señor Green, usted me hablaba de una llave...

—Olvídelo, señora. ¿Querrá darle a la pequeña Olivia un beso de mi parte?

—Lo haré con mucho gusto.

—Espléndido. No se moleste en acompañarme... Edmond lo hará.

—Señor Green...

—¿Sí?

—Tengo la impresión de que, buscando una cosa, ha encontrado usted otra. Quisiera...

—Olvídelo todo, señora, créame. Como si yo jamás hubiera estado aquí.

—Gracias... Gracias, señor Green.

Grant inclinó la cabeza y se dirigió hacia la puerta. El mayordomo le estaba esperando en el amplio vestíbulo, y acudió enseguida, acompañándole hacia la puerta de la calle, que abrió.

—Gracias, Edmond. Es usted un hombre de suerte, ¿no cree?

—¿Por qué dice eso, señor?

—Dudo que encuentre usted muchas casas como ésta en Boston.

—Ah, sí, por supuesto, señor...

—Muy buena la naranjada —sonrió Grant—. Adiós, Edmond.

—Adiós, señor. Gracias, señor.

Grant Maynard salió satisfechísimo de sí mismo de la señorial mansión bostoniana. ¡Toma cuernos, señor De Barrymore...! Pero le estaba bien empleado, por sinvergüenza. Además, ya se sabe: donde las dan, las toman. Y este otro: no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti. Y este otro: con la vara que midáis, seréis medidos... Y así un montón de refranes, dichos y diretes, dejando bien claro, en resumen, que el que la hace la paga.

Bueno, todo lo que tenía que hacer ahora era regresar al hotel,

pedir la cuenta para la mañana siguiente y encargar un pasaje de avión para Montgomery, Alabama, donde residía Jessica Newcomb. Como era lógico, dejaría para el final a Norma Delmare, de Nuevo México, ya que era la que más lejos estaba.

«Y con la mala suerte que tengo —pensó Grant—, ¡seguro que es la última la que me interesa!».

¿A santo de qué decía que él tenía mala suerte? Esto no era justo, ni mucho menos. Lo tenía todo en la vida, prácticamente: era alto, guapo, moreno, rico, inteligente, culto...

¡Didi Lorenay!

Fue como un mazazo en la cabeza, aquella revelación. Pese a sus esfuerzos, se dio cuenta de que no conseguía olvidar a Didi más de unos cuantos segundos seguidos. Lo cual era una estupidez, sin duda. Podía tener las mujeres que quisiera. La prueba estaba en la fantástica Rose Avery, toda una profesional que, completamente gratis, le había dado hasta el tuétano. En cuanto a Olivia Saint Cyr, por citar las más recientes, seguro que si hubiera querido se habría acostado con ella...

¡Y no pasaba ningún maldito taxi!

Sí, seguro que habría podido acostarse con Olivia Saint Cyr. Sólo tenía que haberle dicho: «Nena, no hace falta que tomes el avión, yo te espero en mi hotel, y desde mi cama, los dos directos al paraíso». O también podía haberle dicho que o se acostaba con él o se chivaba al marido que ella se iba por ahí a darle gusto al cuerpo de cuando en cuando. Bueno, de esto nada, porque ni mucho menos era su estilo...

—¿Busca un taxi?

Grant miró a su derecha, y vio al sujeto que le había hecho la pregunta. No le gustó ni pizca. Tenía cara de malvado estúpido.

—Así es —contestó amablemente.

—Pues está usted de suerte —dijo otra voz, a su izquierda—. Nosotros tenemos un coche privado, y tenemos mucho gusto en invitarle a dar un paseo. ¿Verdad, Rudy?

—Ya lo creo que sí, Denis.

Grant iba mirando de uno a otro. Se dio cuenta enseguida de que ambos tenían la mano derecha dentro del bolsillo de ese lado de la chaqueta.

—Hemos esperado un poco a ofrecernos —habló Denis—,

porque pensamos que quizá podría ser un policía que tuviera el coche por aquí cerca, con algún amiguete. Pero no, ¿verdad?

—No, no soy de la policía —dijo Grant—. Soy del FBI.

—Bueno —sonrió Rudy—, nosotros somos de la CIA, ¿qué le parece?

—Mal asunto —movió la cabeza Grant—. Todo el mundo sabe que el FBI y la CIA se escupen a los ojos cada vez que se ven.

—¿Quiere que le escupamos a los ojos?

—Mejor que no, si es posible.

—Vale, tío. Entonces, camina un poco por delante de nosotros, y te iremos guiando hasta nuestro coche. ¿Qué tal?

—Son ustedes muy amables.

Echó a andar por la acera, siguiendo la dirección que indicó Denis con la barbilla..., y mirando de reojo hasta donde podía alcanzar, en busca de alguna señal de vida por parte del teniente Tolliver y la oficial Georgina Calhoun. Ni rastro. Es decir que le prevenían de que podía ocurrir una cosa así, y en cambio no estaban cerca para poner remedio. ¡Par de...!

Segundos más tarde, estaba sentado dentro del coche, en el asiento posterior. Denis pasó al volante, y Rudy se sentó junto a él, sacó la pistola del bolsillo y dijo:

—No estamos bromeando, amigo. ¿Cuál es su nombre?

—Andrew Green. Soy hermano de Arthur, ya saben.

Rudy se quedó mirándolo con los ojos entornados. Denis se limitó a poner el coche en marcha. Pasaron por delante de la mansión de los De Barrymore, y Grant le dirigió una triste mirada. Bueno, el tal De Barrymore llevaba cuernos, cierto, pero eso no mata.

—Conque hermano de Arthur Green, ¿eh? —dijo de pronto el feo Rudy.

—Puedo demostrárselo.

—Ya, ya. ¿De qué modo?

—Tengo una fotografía en un bolsillo interior... Y no llevo armas.

—Saque la fotografía con todo cuidado. La voy a mirar, pero le estaré apuntando y si se mueve le meteré un par de balas en el vientre.

Grant entregó la fotografía, y el otro la miró a las últimas luces

del día. Luego, tranquilamente, se la guardó, mirando irónicamente a Grant.

—Precisamente —dijo— le hemos invitado a venir con nosotros porque nos recordó usted mucho a Arthur, y pensamos algo así, aunque no sabíamos que él tuviera un hermano.

—¿No creían que era un policía?

—Había que asegurarse, amigo Andrew. Mire, estábamos ya más que hartos de vigilar esa casa, y en más de una ocasión hemos estado a punto de meter la pata. Pero la paciencia y la buena vista siempre tienen su recompensa, ¿no le parece?

—Supongo que sí. Pero me gustaría saber qué es lo que quieren ustedes de mí.

Rudy movió la cabeza con gesto pesaroso.

—Mire, Andrew, ahora vamos a un sitio donde podremos charlar tranquilamente sin que nadie nos moleste. Hemos organizado todo un tinglado de vigilancia sobre cuatro mujeres precisamente para obtener resultados. A Denis y a mí nos ha tocado la suerte, y no vamos a dejarla escapar, de modo que vaya mentalizándose en ese sentido: cuando lleguemos a ese lugar, nos dirá dónde está la llave, o...

CAPÍTULO V

El coche se detuvo en las afueras de Boston, hacia el sur, cerca de la bahía de Massachusetts. Ya era de noche. Y al resplandor indirecto de los faros del coche, Grant vio el destartado edificio de una sola planta. Cuando salió del coche pudo ver que era un viejo taller abandonado. Le empujaron por detrás con una pistola.

—Camine.

La puerta chirrió cuando fue empujada. Y volvió a chirriar al ser cerrada después de que Denis hubo encendido una linterna cuadrada colocada sobre un aparador que parecía a punto de derrumbarse. Todo estaba sucio, evidentemente abandonado.

—Siéntese, Andrew —señaló Rudy con la mano izquierda una silla—, y empiece a hablar. De la llave.

—¿Qué llave?

—¿Sabe que su hermano era un hijo de perra?

Grant frunció el ceño.

—No sé si tomarme eso como un insulto personal. Supongo que sí, ya que también era mi madre. Y no me gusta eso, amigo Rudy.

—Bueno, tómalo con calma. A nosotros tampoco nos gustó lo que nos hizo tu hermanito. El muy puerco me robó el plan para el asunto de la camioneta blindada, digamos que se enteró, y se adelantó un par de días al que yo había elegido para dar el golpe. Nos costó localizarle luego, pero nos hemos ido enterando de todo, y ahora queremos el dinero que teníamos que haber conseguido nosotros.

—Ya. De donde se desprende que son ustedes unos justicieros benefactores de la humanidad, por eso de que «quien roba a un ladrón tiene un año de perdón».

—Cien años, no uno.

—En el caso de ustedes, con uno van que arden. ¿Dicen que tienen vigiladas a cuatro mujeres? Pues deben ser ciegos, porque ya he visitado a una antes de venir a Boston.

—¿A cuál?

—Rose Avery.

—Ah, la puta... Bueno, sobre ella el sistema funciona de modo diferente. Ni mucho menos pensamos que una zorra así vaya a confiar en nadie, de modo que sólo la controlamos directamente cuando sale de su madriguera. Ella no confiaría en nadie, iría directamente a por el dinero. Por eso nadie le molestó a usted. En cambio, las otras tres son menos... decididas, y quizá hayan buscado ayuda. Lo cual nos molestaría tanto a nosotros como a usted, ¿no cree?

—Sí. Parece que somos mucha gente buscando esa llave.

—Nuestro trabajo nos costó enterarnos de las cosas, amigo Andrew. Pero aquí estamos. ¿De modo que visitó a Rose Avery...? ¿Y qué pasó?

—Gocé con ella varias horas. Me la tiré, vamos. Y gratis. Le caí simpático.

—¿Y la llave?

—Mi hermano jamás habría confiado en semejante golfa imbécil. Olviden a Rose Avery.

—Muy bien. ¿Qué me dice de Olivia Saint Cyr?

—Tampoco la tiene. No sabe nada de todo esto. Y por poco listos que sean ustedes, si han estado vigilando a los de esa casa, comprenderán que no han podido tener que ver con Arthur jamás.

—Lo que reduce a dos el número de posibilidades.

—Evidentemente. Sólo quedan las chicas de Alabama y de Nuevo México.

—Claro. A menos que nos esté mintiendo.

—¿Yo? Desde luego que no. Si quieren podemos ir juntos a visitar a la chica de Alabama, y se convencerán de que...

—¿Y si ya tuviese usted la llave? Desde luego, la puta no se la entregó, porque entonces no habría seguido usted buscando, pero puede habérsela entregado la Saint Cyr.

—No. Repito que ella no sabe nada de todo esto.

—De todos modos, vamos a asegurarnos. Desnúdese.

—¿Qué? —Respingó Grant.

—Que se desnude. Tiene que quedar en pelota viva, y descalzo. Y no nos haga perder la paciencia, Andrew.

—Pero... ¡demonios! ¡Aquí hace frío!

—Sólo es un ligero fresquito de octubre. No se lo vamos a repetir.

Grant Maynard comenzó a refunfuñar, pero se puso en pie y procedió a desnudarse, lentamente. Tan lentamente que Denis se irritó, se acercó a él por detrás, y le golpeó con la punta de la pistola en los riñones, mascullando:

—¡Vamos, dese pri...!

La reacción de Grant Maynard fue velocísima y furiosa. Se volvió girando hacia la izquierda, apartando la pistola con este brazo, y descargó un tremendo trastazo en la mandíbula de Denis, que lanzó un grito y retrocedió dando traspiés, buscando en vano adonde agarrarse con una mano, y cayendo por fin sentado. Para entonces, Grant se había estado sentado. La silla golpeó fuertemente en las piernas a Rudy, que soltó un bufido, retrocedió lanzando maldiciones, y apuntó hacia Grant..., que ya volaba hacia él con la cabeza por delante, dispuesto a derribarlo de un cabezazo al vientre.

Cierto, propinó un buen cabezazo, pero no al vientre, sino a la rodilla que Rudy alzó. Fue un choque fortísimo, y Grant cayó de bruces ante Rudy, que bramó otra maldición y le propinó un puntapié en la cabeza. Y la cabeza de Grant Maynard se llenó de lucecitas, de bonitos colores destellantes.

Como de muy lejos, oyó la voz de Denis, flotando hacia él:

—¡Hijoputa de mierda...! ¡No te vamos a matar, pero te vas a acordar de esto...!

En seguida recibió el puntapié en un costado, y fue como si una lanza despuntada quisiera atravesar su costillar. Fue un dolor terrible, intensísimo..., al que siguió otro, ahora en la zona del vientre. Llegó todavía otro golpe, y sintió de súbito un frío intensísimo, escalofriante, y la cabeza le dio vueltas.

Sintió un tirón, y le pareció que todo giraba, y que él flotaba entre nubes negras. Por un instante, entre esos nubarrones, vio el rostro crispado de Rudy, que decía algo... Recibió un puñetazo en el estómago, luego otro, y por último un rodillazo entre las ingles.

Fue demasiado cúmulo de experiencias.

Cuando lo soltaron se derrumbó como un saco.

Y no supo cuánto tiempo después, oyó la voz de uno de sus presuntos verdugos:

—Bueno, venga, ya sólo quedan los zapatos. Yo se los quitaré. Tú empieza a registrar las ropas.

Abrió los párpados. Había una luz mortecina en torno a él. Ah, sí, la linterna. La sensación fue que la luz se iba intensificando, pero en realidad era que él regresaba de la inconsciencia. Alzó un poco la cabeza, y vio a Rudy quitándole los zapatos...

—Ten cuidado, que ya se ha recuperado, Rudy.

—No te preocupes.

—Es duro el tipo, ¿eh?

—Carne más dura hemos masticado. Bueno, vamos a ver. Mira bien todo, ¿eh?

—Quizá ha dicho la verdad y no tiene la llave... todavía.

—Lo mismo da. Si no la tiene sabemos ya que sólo quedan dos.

Hablaban tranquilamente, como si él no estuviera allí, o, al menos, no les preocupase en absoluto. Grant se sentó en el suelo. Estaba completamente desnudo, sus ropas estaban siendo registradas a fondo, desgarradas. ¡Su traje nuevo! Lo rompían todo, lo palpaban, lo hacían trizas, Grant sacudió la cabeza, y emitió un gemido. Se tocó la frente, donde tenía un chichón, y tenía otro más hacia el centro de la cabeza. Le dolía todo...

—¿Qué, imbécil? —preguntó Rudy, mirándole—. ¿Estás más contento así?

Grant se pasó las manos por la cara. La tenía fría. ¿Experiencias? Bueno, no podría decir que aquélla no era interesante. Se puso en pie, pero se dejó caer enseguida en otra silla, tan sucia de polvo como la anterior.

—¡Jo..., qué musculatura tiene el chico! —exclamó Denis, riendo—. ¡No me habría gustado pelear contra él sin pistolas!

—Bah, es un inocente —dijo Rudy.

Grant les dirigió una mirada asesina, pero permaneció en silencio, mientras su mente se disparaba hacia el mundo de las fantasías... Se imaginó a sí mismo desnudo, tal como estaba en un campo precioso lleno de flores. Denis y Rudy también estaban allí, igualmente desnudos, y sin armas, y él iba hacia ellos... ¡Qué gozada! No tenía ni para un diente, con aquel par de sabandijas. Les

rompía la cara a bofetadas, y les partía todas las costillas a puntapiés, y les machacaba el estómago a cabezazos, y...

—¡Pues no está sonriendo, el muy imbécil! —Oyó.

Miró a Rudy, que le contemplaba estupefacto. La sonrisa fruto de las fantasías desapareció del rostro de Grant Maynard.

—Debe estar burlándose de nosotros —sugirió Denis.

—¿Con qué base? La llave no está aquí, así que, ¿de qué se podría burlar? Si se la hubiese entregado la Saint Cyr, la tendría en las ropas, ¿no? ¡Maldita sea...!

De un manotazo, Rudy hizo saltar de la mesa los restos de las ropas de Grant, y se acercó a éste, fruncido el ceño.

—Bueno, amigo, mala suerte para ti —alzó la pistola y le apuntó a la frente—. A menos que nos digas si tienes algún truco especial que...

Se oyó un chirrido, y un soplo de aire frío entró en el taller, como envolviendo la voz de Tolliver:

—¡Quietos! ¡Al que se mueva...!

Denis se movió velozmente, lanzando una imprecación y volviéndose hacia la puerta, apuntando su arma en esa dirección...

¡Pack!, crujió el disparo efectuado por Tolliver.

La bala dio en el centro de la frente de Denis, perforándola y saliendo por encima de la coronilla, impulsándolo fuertemente hacia atrás.

Rudy lanzó un bramido, y Grant pudo ver sus ojos desorbitados, su mueca de furia, su boca abierta..., mientras junto a Tolliver sonaba otro disparo. Pero Grant seguía mirando, horrorizado y fascinado, el rostro de Rudy, crispado, furioso... Alcanzó a ver las salpicaduras de sangre en su pecho cuando, mientras se derrumbaba, miró allí. Rudy cayó como un saco, y quedó cara al techo, con los ojos desorbitados como nunca había visto Grant.

—¿Está bien, Maynard?

Tolliver estaba frente a él, todavía pistola en mano... Georgina Calhoun había cerrado la puerta, y, también todavía pistola en mano, se acucillaba junto a Denis. Grant quiso contestar a la pregunta de Tolliver, pero sólo emitió una especie de maullido. Tragó saliva, y pudo murmurar:

—Estoy vivo, si es eso lo que pregunta.

—Estar vivo es mucho —gruñó Tolliver.

Se quedó mirando a Georgina, que ahora estaba examinando a Rudy. La oficial de policía lo miró a su vez, y movió negativamente la cabeza.

—¿Los dos? —Gruñó Tolliver.

—Si.

—Pues nos hemos complicado, la vida de verdad. Habrá que avisar al Departamento de Policía de Boston... ¡Maldita sea!

Georgina se acercó y le puso una mano en un brazo.

—No íbamos a dejar que matasen al señor Maynard, Herbert.

—No... Demonios, claro que no, pero... En fin... Bueno, seguro que son de esos tipos que están fichados por mil porquerías. ¡Al infierno con ellos!

—Allí quisiera estar yo ahora —dijo Grant—. Al menos, no tendría frío.

Georgina le miró y sonrió, al ver que Grant tenía las manos entre las ingles.

—Tendremos que buscarle algo de ropa —dijo—. De momento, servirá el traje de uno de ellos...

—Oigan. ¿Cuánto hace que estaban ahí fuera escuchando? —refunfuñó Grant.

—Llegamos poco después que ustedes —explicó Tolliver—. El tiempo justo en recorrer unos cien metros a pie, que es la distancia a la que dejamos nuestro coche.

—¿Y no han intervenido hasta ahora? —aulló Grant.

—Señor Maynard —replicó secamente Tolliver—, nunca hay que apresurarse en una situación así, hay que esperar siempre la mejor oportunidad. Quizá ellos de momento lo hubieran dejado aquí bien amarrado, en cuyo caso podríamos haberlos cazado al salir y liberarle sin riesgos para nadie. O quizá hubiesen salido con usted, y habríamos podido darles el alto desde la oscuridad simulando ser muchos, de modo que habrían entregado sus armas... Había muchas alternativas, y las teníamos que esperar. Si hemos intervenido finalmente ha sido porque comprendimos que le iban a matar. ¿Lo entiende?

—Sí. Y creo que tiene razón —tuvo que admitir Grant, de mala gana.

—Gracias, Georgina, ve a echar un vistazo al coche de estos sujetos, y asegúrate de que nadie está husmeando por aquí después

de haber oído los disparos.

—Sí, teniente.

—Y usted —farfulló Tolliver—, ayúdeme a quitarle las ropas a uno de éstos, y vístase como sea, de momento.

—Prefiero ir desnudo que ponerme ropa de esa gente.

Tolliver abrió la boca con gesto agrio, pero acabó por esbozar una sonrisa.

—Georgina y yo llevamos nuestras cosas en el coche. Voy a traerle algo mío, aunque no soy tan alto como usted... No toque nada, sea tan amable. Bueno..., la ha pasado mal, ¿eh?

—No se preocupe. ¿Qué pasará con estos dos cadáveres?

—No se preocupe —sonrió Tolliver, devolviéndole la frase.

Minutos más tarde, Grant Maynard se ponía sus propios zapatos tras haberse vestido con unos pantalones y un jersey de Tolliver, el jersey no estaba mal, pero los pantalones eran visiblemente cortos. Ya se habían dado todas las explicaciones necesarias, de modo que sólo quedaba decidir cómo se continuaba con aquel asunto.

Georgina tuvo una idea y la expuso:

—Si le parece bien, teniente, yo podría acompañar al señor Maynard a Montgomery, mientras usted arregla lo que ha pasado aquí con la policía de Boston. Lo digo más que nada —bajó un instante los párpados— porque dadas las circunstancias y lo que nos ha contado el señor Maynard, no me parece prudente que vaya solo... y desarmado.

—¡Ésta es buena! —exclamó Grant—. ¡Yo, con una mujer como guardaespaldas!

—Señor Maynard, usted siempre, parece tomarse las cosas a broma —se sofocó Georgina—, pero ya ve que los demás no son tan... simpáticos como usted. ¡Y nosotros no queremos que pueda ocurrirle algo irreparable!

—Naturalmente —dijo Tolliver, mirando con cierta guasa a la preciosa policía—. Sí, sí, eso es, señor Maynard: nosotros no queremos que a usted le ocurra nada malo.

—¡No veo la gracia a esto, teniente! —se indignó Georgina, abandonando el lugar rápidamente.

Grant la vio salir, estupefacto. Cuando miró a Tolliver, éste sonreía ceñudamente.

—Bueno, dejemos que el aire fresco la tranquilice. Es una chica

un tanto temperamental, pero una buena policía. Y además, dejando aparte sus posibles deseos personales, tiene razón: no es prudente que usted vaya solo a partir de ahora, señor Maynard.

—En lo que a mí respecta, Georgina no me molesta para nada, teniente. Son ustedes los que tramaron todo esto y mis viajecitos haciéndome pasar por hermano de Arthur Green.

—Sí —suspiró Tolliver—. Fuimos nosotros. ¡Y en menudo lío nos hemos metido! Pero estoy dispuesto a llegar hasta el final..., si mis colegas de Boston se muestran razonables. Georgina tiene razón: yo me quedaré para dar todas las explicaciones, y ustedes deberían salir para Montgomery cuanto antes. Sí, debe haber algún avión antes de medianoche. Veamos... Usted y Georgina se van ahora...

—Lo que no entiendo es a qué viene tanta prisa.

—Ah, ¿no lo comprende? Pues se lo explicaré, señor Maynard, y con mucho gusto. Estos dos tipos, con toda seguridad, estaban en contactos periódicos, más o menos espaciados, con los demás que, según usted mismo a dicho, están controlando a las otras dos mujeres del Queensland Hotel de Miami Beach. Si esos tipos de Montgomery y Artesia no reciben noticias de estos dos y se huelen que ha ocurrido algo peligroso para ellos..., ¿qué cree que harán?

—¿Ya no esperarán nada e irán a por las dos chicas? —murmuró Grant.

—Estaba seguro de que usted no es tonto —asintió Tolliver—. Sí, señor, eso me temo que pueden hacer. De modo que tenemos que adelantarnos, conseguir la llave de aquella que la tenga, detenerla si procede, y, en todo caso, ponerles protección oficial hasta que caigan los tipos esos. Está claro, ¿verdad?

—Sí, señor —masculló Grant—. ¿Sabían ustedes que se trataba de dos bandas en realidad?

—Algo así sospechábamos, y ya le advertimos de que la cosa no sería fácil. Bien, veamos cómo nos pondremos en contacto en Montgomery. Yo no creo llegar antes de media tarde, así que podríamos quedar citados en algún sitio fácil... ¿Conoce Montgomery?

—No.

—Yo tampoco. ¿Qué le parece a las seis de la tarde frente al edificio del Ayuntamiento? Eso no tiene pérdida en ninguna parte.

—Me parece bien. Pero supongo que para entonces ya debo

haber visitado a Jessica Newcomb, la chica de Montgomery.

—¡Hombre, naturalmente!

—Si encontramos algún avión y conseguimos llegar a Montgomery esta misma noche, puedo visitarla por la mañana.

—De acuerdo... ¿Qué hace ahora?

Grant se había inclinado sobre Rudy, para recuperar la fotografía, que mostró a Tolliver.

—Seguirá haciéndome falta, ¿no?

—Claro.

—Bien, veamos si a Georgina se le ha pasado el enfado y pueden partir hacia su hotel. Pague la cuenta, recoja sus cosas y no aparezca más por allí.

A Georgina Calhoun se le había pasado el enfado, pero evitaba mirar a Grant Maynard, que se limitó a sonreír. El teniente Tolliver se quedó en el taller y la muchacha y Grant partieron hacia el centro de la ciudad.

Cincuenta minutos más tarde, tras haber recogido sus cosas en la habitación y haber pedido la cuenta mientras Georgina esperaba en el coche ante el hotel, Grant Maynard recibía una llamada telefónica de la centralita del hotel. La telefonista le dijo que ya tenía la llamada de persona a persona que había solicitado minutos antes.

—¿Eres tú, papá? —inquirió alegremente Grant—. ¿Qué tal? ¿Cómo van las cosas por ahí?

—¡...!

—Me alegro mucho. Oye, tienes que hacerme un favor, pero sin preguntarme nada, pues tengo prisa...

—¡...!

—Sí, sí, dile a mamá que pronto nos veremos. Mira, tienes que recurrir a quien sea con tal de saber todo lo relacionado con un robo de ochocientos mil dólares en Miami. Unos tipos asaltaron una furgoneta, mataron a dos vigilantes y se llevaron esa cantidad. Luego, uno de ellos, el jefe, un tal Arthur Green, fue muerto a balazos por la policía en el Queensland Hotel de Miami Beach, cuando acudía allí para reunirse con su amante. Actualmente, dos policías de Miami, el teniente Tolliver y la oficial Georgina Calhoun, están detrás de la pista de esos ochocientos mil dólares... ¿Qué?

—¿...?

—¿Que qué tengo yo que ver con esto? ¡Hombre, está claro, soy de la banda de atracadores!

—¡...!

—De acuerdo, sin bromas. Hazme ese favor, papá. Y cuando sepas algo me llamas a Montgomery, Alabama, o a Artesia, Nuevo México. Por otra parte, yo te iré llamando a ti siempre que pueda. ¿Todo entendido, viejo?

—¡...!

—Hombre, es un modo cariñoso de hablar —sonrió Grant—. Besos a mamá. Y dile que pronto le presentaré una chica preciosa.

Colgó, recogió sus cosas, y abandonó la habitación. Con un poco de suerte, todavía podrían tomar algún avión que hiciese escala en Montgomery, Alabama.

CAPÍTULO VI

—Me parece —susurró Georgina— que te estás tomando muy en serio tu papel de golfo, Grant Maynard.

—Nada de eso —protestó él—. Yo sólo soy golfo cuando trato con golfas. ¿Eres tú una golfa?

—No... Pero me gustaría saber si tú piensas igual.

—No te comprendo.

—Bueno, a veces eres un poco duro de mollera, Grant. Hemos llegado a Montgomery a las dos de la madrugada, me has traído al mejor hotel de la ciudad, has tomado dos habitaciones..., pero te has presentado en la mía cuando ni siquiera estaba desnuda del todo...

—Te he ayudado. ¿Eso es malo?

—A mí me ha gustado —susurró Georgina—. Pero no sé qué piensas al respecto.

—Yo creo que no es nada censurable ayudar al prójimo.

—No. Pero no sólo me has desnudado, sino que te has acostado conmigo, acabamos de hacer el amor por segunda vez..., y yo diría que estás buscando la tercera.

—Ya sabes que no hay dos sin tres.

Georgina Calhoun suspiró, y tendió los bracitos hacia Maynard... Estaban, efectivamente, en la habitación que habían tomado para ella nada menos que en el Ambassador de Montgomery. Todo lujo y distinción, clase y elegancia. Desde el primer momento, habían dejado encendida solamente la luz de una lamparita sobre la mesita de noche, y también desde el primer momento habían olvidado el aburrimiento del viaje. Eran casi las cuatro de la madrugada, pero Grant Maynard no parecía tener sueño, ni fatiga de ninguna clase. Solo, de cuando en cuando, emitía

un gemido ahogado, cuando algún abrazo de Georgina se centraba en las zonas golpeadas.

Primero ella había intentado tratarlo como a un niño que necesita cuidados y mimos:

—Oh, pobrecito mío, ¡cómo lo han pateado...! Deja que te cure, querido...

Pero Georgina se convenció pronto de que un par de chichones y unos cuantos hematomas no era suficiente para derrotar al tipo que ahora se definía a sí mismo como alto, guapo, moreno... y golfo. Nada de cuidados. Pero mimos sí, ¡todos los que ella quisiera!

Y de los mimos se había pasado a los besitos, de los besitos a los besos en serio, y de los besos en serio... Bueno, un hombre y una mujer desnudos en una cama, sólo pueden hacer dos cosas. Una de ellas dormir. Georgina y Grant habían elegido la otra.

Y como no hay dos sin tres...

Pues eso. Grant Maynard se introdujo entre los bracitos de Georgina, le besó en la boca, ella le rodeó el cuello con sus bracitos de seda... ¡Qué bonita era! Preciosa, encantadora. Y, además, las dos veces anteriores habían servido a Grant Maynard para comprender que una muchacha puede tener una apariencia delicada... y ser capaz de matar de un balazo a un tipo... y de entregarse apasionadamente a otro. Y es que, en esto de las mujeres, pese a sus muchas experiencias, Grant Maynard todavía no se había centrado del todo. O todas estaban locas, o él sólo conocía a las que lo estaban, lo que sería el colmo de la mala suerte.

Mas como no quería ser injusto, tenía que admitir que las que él llamaba locas quizá no lo estuviesen tanto. Simplemente, él les gustaba. Así que le miraban, le sonreían..., y cuando él se iba a dar cuenta, ya las tenía en la cama. ¡Todas igual...!

No.

Falso.

Todas no.

El asunto le había fallado con Didi Lorenay. ¡Y no podía comprenderlo! No es que fuese un presuntuoso (que podía serlo), sino que no podía entender que la despampanante Didi aceptase a otros tipos y en cambio no quisiera saber nada de él. ¿Le habrían dicho que tenía la peste? Y además, ¿de dónde sacaba él que se acostaba con otro? ¿Y si todo fuese sólo impuros pensamientos por

su parte, fruto de los celos y el rencor porque ella no lo admitía en su lecho...?

El gemidito de placer le hizo reaccionar. Estuvo a punto de preguntar: «Gozas, Didi», pero se acordó a tiempo de que la muchacha que lo estaba recibiendo apasionadamente no era Didi Lorenay, sino una chica policía.

Georgina volvió a gemir, y Grant notó con más fuerza su abrazo, captó el estremecimiento de su cuerpo, el principio del estallido volcánico, el suspiro de ella...

Pasmoso: él, Grant Maynard, se estaba tirando un policía.

Chocante en verdad.

Pero más chocante era que, además, le gustase.

* * *

A Jessica Newcomb también la reconoció, gracias a la fotografía, en cuanto la vio aparecer por el pasillo.

Estaba preciosa con su uniforme de enfermera, y caminaba con mucha seguridad, saludando a los demás miembros del hospital con una sonrisa deliciosa. Tenía unas piernas fenomenales.

Por los altavoces del Hospital Central de Montgomery se hacían llamadas, había un leve rumor en todas partes, pasaban enfermeras, médicos, camilleros... Al llegar a la sala de espera de la Sección de Maternidad, Jessica Newcomb se detuvo, y miró a los tres hombres que esperaban allí, fumando. Uno de ellos, obeso y calvo, ya pasados los cuarenta, parecía a punto de comerse el cigarrillo. Otro, rubio y flemático, parecía aburrido. El tercero era alto, guapo y moreno.

Y éste, éste precisamente, fue el que le guiñó el ojo a Jessica Newcomb. Ella frunció el ceño, asintió con la cabeza, y continuó su camino. Grant Maynard se puso en pie, y partió tras ella, como al descuido.

Segundos más tarde, la muchacha entraba en un cuarto destinado a material. Había viejas camillas, balones de oxígeno, sillas desvencijadas, estanterías llenas de toallas y sábanas... Grant entró a su vez, cerró la puerta y sonrió a la muchacha.

—Gracias, señorita Newcomb.

—¿Es usted el señor Johnson? —preguntó ella.

—Soy el hombre que la llamó por teléfono esta mañana antes de que usted saliera de su casa, en efecto. Le repito mi agradecimiento

por aceptar una cita tan poco usual.

Ella le miraba con curiosidad e interés.

—Bueno, señor Johnson, le agradecería que fuese breve. Tengo mucho trabajo.

—Así es la vida —sonrió Grant—. Hoy mucho trabajo, en cambio, hace dos semanas, vacaciones en Miami.

Jessica Newcomb parpadeó.

—¿Qué quiere decir? —murmuró.

—Usted estuvo hace un par de semanas en Miami Beach, en la habitación doscientos tres del Queensland Hotel, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto. ¿Y...?

—¿No tenía entonces trabajo en el hospital?

—Señor Johnson, ¿qué es lo que quiere usted de mí exactamente?

—No me llamo Johnson, señorita Newcomb. Usted va a saber inmediatamente cómo me llamo.

Grant sacó la fotografía trucada en la que aparecía con el extinto Arthur Green. La tendió a Jessica, que la tomó, la miró con interés, y luego volvió a mirar a Grant, sonriendo.

—¿Se trata de algún concurso, quizá? —preguntó.

—¿Concurso?

—Sí, sí, algo como ése de «Adivine quién es el personaje». ¿Es un concurso, señor Johnson... o como se llame?

—Me llamo, es decir, me apellido igual que el hombre que está conmigo en la fotografía. Y ello por una razón muy sencilla: él es mi hermano.

Jessica volvió a mirar la fotografía. Y de nuevo a Grant.

—Pues no caigo —movió la cabeza—. Desde luego, no es. Robert Redford, ¿verdad? Ni es De Niro, ni Hoffman... Tampoco parece que pueda ser Woody Allen... ¿O no pertenece al cine? Aunque me inclino a creer que sí, porque es guapo... ¡Y usted también, desde luego!

—Es usted divertida —sonrió Grant.

—Gracias. Pero temo que no podré dedicar más tiempo a divertirla a usted. Mis obligaciones...

—Usted sabe perfectamente que ese hombre que está conmigo en la fotografía es mi hermano Arthur Green. Y yo sé perfectamente que usted lo sabe, porque él me habló de usted. ¿Lo entiende ahora?

—No mucho. De lo que sí estoy segura es de que jamás antes de ahora, ni en persona ni en fotografía, había visto a su hermano, señor Jonhson, o Green.

—¿Se mostrará más sincera si le digo que él me dijo que usted tenía la llave?

—La llave —murmuró Jessica—. ¿Qué llave?

—Una que puede proporcionarnos cuatrocientos mil dólares a cada uno. Porque, naturalmente, estoy dispuesto a repartir el dinero con usted.

—¡Cuatrocientos mil dólares! —Se asomó la muchacha—. ¡Éste sí es un concurso importante, señor Green! ¿Saldré en televisión?

—Vamos, Jessica... Le estoy diciendo lo suficiente para que usted comprenda que yo...

—Señor Green, para mí todo lo que usted está diciendo es como si lo dijera en chino. ¡No entiendo nada!

—Muy bien —gruñó Grant—. Quizá entienda si se lo explicó de otro modo.

—Es posible.

—Arthur le había robado el plan a un sujeto llamado Rudy, y éste y sus hombres andan buscando a cuatro chicas que seleccionaron en aquel piso del hotel donde usted estuvo. Una de ellas tiene que ser la que recibió la llave de manos de Arthur. Y ahora, los hombres de Rudy la están buscando. Me pregunto si prefiere usted eso a pactar con el hermano de Arthur. ¿Por qué cree que no he ido directamente a su casa para hablar con usted allí? ¡Pues porque la están vigilando! Por eso la he llamado, la he citado aquí... ¿Lo entiende ahora?

—En absoluto. ¿Sabe lo que pienso de usted, señor Green?

—¿Qué?

—Pues que los loqueros se han equivocado de hospital. Éste es de otra índole que el que ellos buscan. Vamos, que esto no es un manicomio, ¿comprende?

—Como quiera —se resignó Grant—. Pero cuando sea abordada por hombres menos amables que yo, recuerde que se lo advertí. Ellos saben que usted estuvo allí, y saben por qué.

—Lo dudo.

—Lo sabemos todos.

—En mi vida he sostenido un diálogo más tonto que éste —se

mosqueó ya Jessica Newcomb—. Y aunque no tendría por qué explicárselo, lo voy a hacer, porque estoy comprendiendo que usted y otras personas, al parecer, están metiendo la pata, señor Green. Le voy a decir por qué fui a Miami: estuve allí de vacaciones... sedantes, recomendadas por el doctor Baxter, un buen amigo que también trabaja en este hospital. Y si lo desea, puede preguntárselo al propio doctor Baxter. ¿Está satisfecho?

—¿Qué quiere decir eso de vacaciones sedantes?

—Tranquilizantes. Reposo mental y físico. Señor Green, hace seis semanas, mi madre falleció, en este mismo hospital, tras varias operaciones y una larga enfermedad que a mí me dejó agotada. Tenía que atender mi trabajo en el hospital, y luego pasaba el resto de mi tiempo libre con mi madre. Cuando, finalmente, ella falleció, yo estaba agotada, al borde de una crisis nerviosa y emocional. Después del entierro, el doctor Baxter prácticamente me echó del hospital, me dijo que me fuese un par de semanas a descansar y a tomar el sol en Miami... Lo hice, y volví muy agradecida al doctor Baxter. Ahora me siento mejor, como nueva, pero si usted sigue presionándome con tonterías creo que voy a echarme a llorar. Y ahora, ¿tiene usted algo más que decirme, señor Green?

—Siento lo de su madre —murmuró Grant.

—Gracias. Y buenos días.

—Adiós, señorita Newcomb.

Cuando, minutos más tarde, Grant Maynard se sentó en el coche alquilado, junto a Georgina, ésta se quedó mirándole expectante.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Y qué...?

—Es huérfana.

—¿Qué...?

—Vámonos de aquí —gruñó Maynard—. Nunca en toda mi vida he metido la pata tanto como hoy. Y es una lástima que quedásemos con Tolliver a las seis de la tarde, porque sólo son las —miró se reloj— once de la mañana, y podríamos partir ya hacia Artesia, Nuevo México. ¡Y son mil seiscientos kilómetros...! Bueno, tendremos que ir en avión hasta Roswell o Albuquerque..., o El Paso. Ya veremos qué aeropuerto queda más cerca...

—Grant, ¿ella no tiene la llave?

—Claro que no.

—¿Seguro?

—Por completo. Estaba allí de vacaciones recomendadas por el médico, para reponerse de fatiga y emociones tristes. Y sería una estupidez que me hubiese mentido.

—Bien... Entonces, sólo queda Norma Delmare, la muchacha de Artesia, Nuevo México...

Evidentemente. Así que tendremos que esperar a Tolliver y ver qué decide, cómo enfocamos el asunto. Me pregunto si ahora que ya sabéis quién tiene la llave os sigo siendo de utilidad.

—A mí sí —le miró sonriente Georgina.

Grant la miró, y sonrió a estilo granuja..., según creía él que sonreían los granujas achulados.

—¿De día también, prenda? —inquirió con tono fatuo. Georgina se echó a reír, y puso en marcha el coche.

—Te diré lo que podemos hacer, Grant. Considerando que los dos estamos cansados...

—Yo no —saltó él.

—¡Pues eres un coloso, después de toda la noche...! Bueno, hablemos en serio. Los dos estamos cansados, y Herbert no llegará, y eso con suerte, hasta las seis de la tarde. Así que yo propongo que vayamos a almorzar a cualquier sitio agradable, nos vamos luego al hotel, descansamos unas horas, y luego pagamos la cuenta y nos vamos a esa cita con el teniente frente al Ayuntamiento. ¿Qué te parece?

—Aclaremos un detalle: ¿a qué llamas tú descansar unas horas?

—Podemos... hacer la siesta.

—¿Quieres decir dormir?

—Sí —le miró de reojo Georgina—, pero los dos en mi cama. Claro que si no estás...

—¡Sin ofender, poli! ¡Aquí hay madera para años!

Dormía como un tronco. Junto a él, despierta, Georgina Calhoun le miraba fijamente. Grant Maynard podía decir lo que quisiera, pero estaba agotado. Claro que, con buenos motivos... Georgina sonrió levemente, un poco fruncido el ceño, contemplando ahora aquel cuerpo atlético, musculoso. Luego se miró a sí misma, desnuda junto a él. Se movió, sin perder de vista a Grant, que continuó sumido en profundísimo sueño.

Georgina se sentó en la cama, y luego, caminando sigilosamente, descalza, se acercó adonde había dejado sus ropas. Tomó la chaqueta del traje nuevo de Grant, comprado aquella mañana a primera hora en unos grandes almacenes...

—¿Qué haces?, ¿qué pasa?

Georgina respingó, y volvió la mirada, desorbitada, hacia Grant, que la contemplaba medio dormido.

—¡Qué susto me has dado! —protestó—. Voy a ducharme... Creo que debemos marcharnos ya, Grant.

—¿Qué hora es?

—Más de la cinco.

—Pues en marcha. Tengo una idea fenomenal: ¿por qué no me enjabonas la espalda? Yo nunca llego, y no he traído mi cepillo largo de baño. ¿Okay?

—De acuerdo, si tú me la enjabonas a mí —rió Georgina.

Colocó bien la chaqueta de Grant en el respaldo de la butaca, y luego, encima de la chaqueta, los pantalones, bien doblados. Luego dispuso en orden su ropa sobre la cama..., riendo al esquivar un manotazo de Grant hacia sus senos.

—¡Grant, por favor...!

—Es inútil que huyas —advirtió él—. ¡Te cazaré en el baño!

—No podemos entretenernos..., aparte de que ya está bien por hoy.

—¿Y si Tolliver no ha llegado?

—Pues le esperaremos.

* * *

Herbert Tolliver, teniente de la policía de Miami, ya estaba frente al Ayuntamiento cuando Grant Maynard detuvo el coche allí. Acudió rápidamente, se metió en la parte de atrás del vehículo, y suspiró fuertemente.

—¡Bueno...! Parece que podremos seguir adelante con esto. Se armó un follón tremendo entre los jefes de Boston y Miami, pero aquí estoy... ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

—Jessica Newcomb es huérfana —dijo Grant.

—No tenemos la llave —intervino Georgina—, pero ahora sabemos con seguridad que la tiene la última, Norma Delmare, de Artesia, Nuevo México.

Mientras Grant Maynard conducía, Georgina explicó todo a

Tolliver, quien, ya al corriente de la situación, tomó una decisión lógica:

—Tenemos que partir cuanto antes hacia Artesia. Pero entre unas cosas y otras, no creo que lleguemos allá antes de mañana por la tarde. Y además, tenemos otro problema que resolver: hay que avisar a la policía de Montgomery respecto a lo que puede sucederle a esa muchacha si sus vigilantes deciden ir al grano de una vez... Es claro que desde Boston ya avisamos del peligro que corre Rose Avery, y ya se está ocupando del asunto... Bien, tendremos que pensar cómo hacemos las cosas para que todo sea rápido, seguro y cómodo. Estoy harto de ir de un lado a otro.

—Yo quisiera continuar con Grant, teniente.

—Ya. Bueno, no creo que eso sea problema... De nuevo tendremos que separarnos. Vayan ustedes a Artesia, yo arreglo las cosas aquí, y volvemos a reunirnos allá frente al Ayuntamiento dentro de veinticuatro horas. Serán casi las siete de la tarde...

—Las siete aquí son las cinco allí —recordó Grant.

—Es cierto... Bueno, todos estamos cansados, pero creo que valdría la pena hacer el último esfuerzo.

—Teniente, ¿me permite una pregunta?

—Diga.

—¿Qué pinto yo en esto ahora? Ya saben que la llave sólo puede tenerla Norma Delmare, ¿no es así? Lo único que tienen que hacer es ir allá y detenerla.

—Señor Maynard, usted no conoce a esta clase de gente. Si a Norma Delmare le da por decir que no tiene la llave, e incluso que no sabe de qué le hablamos, la cosa se podría complicar mucho.

—Pero ustedes saben que ella tiene la llave.

—Aun así, preferimos utilizar el sistema de la fotografía de usted con Arthur Green. Tiene más posibilidades de dar resultado por medios... amables. Claro está, si ella no le cree a usted y no le entrega la llave, tendremos que dejarnos ya de juegos, puesto que iremos sobre seguro. Pero, señor Grant, siempre es mejor la suavidad que la violencia.

—Dígamelo a mí, que tengo dos chichones y todavía me duele todo el cuerpo. Bien, supongo que ahora nos vamos directos al aeropuerto a ver cómo combinamos ese viaje a Artesia...

CAPÍTULO VII

Artesia / Nuevo México, tenía alrededor de veinte mil habitantes, y no demasiados hoteles de primerísima categoría, pero Grant Maynard no tuvo complicaciones: simplemente, nada más entrar en la localidad en coche alquilado, procedente de Roswell, preguntó por el mejor hotel de la ciudad. Respuesta: el Carlton, sin duda alguna.

—¿Por qué en el mejor, Grant? —preguntó Georgina—. Yo creo que sería más discreto otro que...

—No. Quiero el mejor. ¿Por qué? Mira, resolvamos o no el asunto esta misma tarde, ya no saldremos de aquí hasta mañana, así que quiero pasar la noche en el mejor hotel, descansando... entre otras cosas. Además, pronto seré rico. ¡Ochenta mil pavos!

—Menos gastos —recordó ella, riendo.

—Bueno, ¿cuánto nos habremos gastado en viajes y hoteles? ¿Dos o tres mil dólares? ¡Miseria! Todavía me quedarán setenta y ocho mil dólares, más o menos. ¿Y sabes lo que haré con ese dinero?

—¿Qué harás? —se interesó la muchacha.

Grant Maynard frunció el ceño. ¿Qué haría? Bueno, podía volver a Nueva York, decirle a Didi Lorenay que quería hablar con ella, y ofrecerle cinco mil dólares para que representase con él la comedieta de la violación callejera, a solas... Claro, él haría de malvado violador, y como no era miope, no violaría a ninguna mujer policía en lugar de a la preciosa Didi Lorenay...

—¡Grant!

—¿Eh? ¿Qué...?

—¿Qué harás con el dinero?

—Ah. Pues eso: compraré una licencia de casamiento.

—¡Pero eso no vale ochenta mil dólares! —exclamó Georgina, riendo, relucientes los ojos—. Por cierto, ¿cuánto vale ahora?

—Ni idea. Un dólar, dos, cinco... Algo así. Podré soportar el gasto, claro. Y luego... ¡me iré de viaje de luna de miel al Caribe, a fin de completar mis experiencias!

—¿Qué experiencias?

—Pues... Ah, mira, ahí lo tenemos: el lujoso Carlton.

—¿Qué experiencias? —insistió Georgina.

—Mujer, las de la vida. Llevo más de un año dando tumbos por ahí, y creo que la experiencia de casarse e irse al Caribe de luna de miel es una buena experiencia. ¿O no?

—¿Y..., con quién vas a casarte? —murmuró Georgina.

—Con Tolliver, no. Anda, baja del coche y no preguntes más tonterías.

Se apearon del coche, y fueron hacia la entrada del hotel. No eran las cinco, como habían calculado, sino solamente las tres de la tarde, y lucía un sol de cien mil demonios. Tomaron dos habitaciones, y, muy modositos, cada uno de ellos se dirigió a la suya, en principio.

—¿No quieres ducharte conmigo? —se sorprendió Georgina.

—Estamos llegando a la recta final —murmuró Grant—, y considerando además que a las cinco tenemos que encontrarnos con Tolliver, creo que debemos... ducharnos por separado.

—Tienes razón —admitió Georgina.

Grant la besó en la nariz, esperó a que ella entrase en su habitación, y se dirigió hacia la suya. Entró, cerró la puerta y fue directo hacia el teléfono. Un minuto después, tenía pedida la conferencia.

El teléfono sonó cuando estaba ya completamente desnudo y dispuesto a meterse bajo una relajante ducha caliente.

—¿Sí...? ¡Hola, papá!

—Ah, ¿me llamaste al Ambassador, de Montgomery? Claro, siempre en lo mejor. Golfo que es uno.

—¿...?

—Pues sí, me he vuelto un poco golfo. Pero no se lo digas a mamá, se asustaría.

—¡...!

—Bueno, bueno, cálmate.

—¿...?

—¿La chica? Ah, sí, os la presentaré. Pronto nos veremos. Papá, ¿qué has sabido de aquello?

Grant Maynard estuvo escuchando varios minutos, sin que su rostro sufriese alteración alguna. No hizo ninguna pregunta: sólo escuchó. Sabía que cuando su padre presentaba un informe no dejaba ni un solo cabo suelto.

—De acuerdo. Gracias, papá.

—¿...?

—Ya te contaré. Besos a mamá.

Colgó y quedó pensativo, hoscamente fruncido el ceño. Por fin, movió la cabeza, fue al cuarto de baño y se metió bajo la ducha caliente.

Una delicia. A las cinco menos cuarto, tras llamar en vano a la puerta de la habitación de Grant, Georgina bajó al vestíbulo, desconcertada. En seguida vio a Grant, de pie ante el mostrador de recepción, escribiendo algo. Se acercó, intrigada.

—¿Qué haces? —se interesó.

Grant le mostró el anverso de la tarjeta postal que había estado colocando en un sobre.

—Estoy escribiendo una postal —dijo amablemente.

—Bueno, eso ya lo he visto. ¿A quién se la envías?

—Pues... Oh, a nadie, a nadie.

—Vamos, Grant... ¡Quiero saberlo!

Gran Maynard titubeó.

—¿No te enfadarás? —preguntó.

—¿Por qué habría de enfadarme? Tienes todo el derecho del mundo a enviar tarjetas postales, naturalmente. Pero me gustaría saber a quién se la envías.

—A una mujer.

—¿La tuya? —Se sobresaltó Georgina.

—No... No precisamente. Bueno, casi... Quiero decir que estuvimos a punto de casarnos, pero no nos entendíamos bien. Le dije que sería mejor que nos separásemos un tiempo, a ver cómo iba la cosa entonces, y ella aceptó. Mucho me temo que sigue esperándome, pero... La verdad, no me parece justo después de... conocerte a ti. Bien, quizá me estoy precipitando un poco con respecto a nosotros, Georgina, pero teniendo en cuenta lo que

hemos... vivido juntos...

—No te estás precipitando —sonrió ella—. ¿Qué le dices a esa pobre chica?

Grant le mostró el reverso de la postal.

Decía:

«Mabel: te envío mi afecto sincero desde este cálido lugar de Nuevo México. He encontrado un interesante empleo de viajante, me va muy bien, y creo que tardaré algunos años en volver por ahí, pues hay cosas que quisiera olvidar. Te deseo toda la felicidad del mundo. Cariñosamente,

»Grant Maynard».

Georgina devolvió la postal a Grant, murmurando:

—Quizá sobre lo de «cariñosamente», ¿no?

—¿Crees que no entenderá lo que trato de decirle?

—Eso sí —admitió Georgina, y sonrió—. Sólo son un poquito de celos por mi parte.

—No tienes por qué. Bueno, a veces nos portamos mal con otras personas, ¿no te parece?

—Ella haría lo mismo si se enamorase de otro..., cosa que quizá ya ha sucedido, mientras tú crees que te está esperando.

—Ojalá haya sucedido. Me alegraría por Mabel. En fin... ¿Ya estás lista? Pues vamos —se metió el sobre y la postal en un bolsillo de la chaqueta—. Luego echaré la postal en cualquier buzón. Espero que Tolliver nos esté esperando.

Tolliver estaba esperando, en efecto. Y no necesitaron más que unos minutos para ponerse de acuerdo sobre el siguiente paso. Paso que, como las tres veces anteriores, debía darlo Grant Maynard.

Norma Delmare era una criatura encantadora. Grant lo supo con toda certeza apenas vio sus ojos al natural y en directo, frente a frente. Eran unos ojos no demasiado grandes, pero bonitos, chispeantes, alegres y maliciosos. Llevaba puesta solamente una bata muy larga, pero fresquita, cuando abrió la puerta, y, tras hacerlo, y mientras lo miraba amablemente, agitaba las manos en el aire con un gesto de lo más gracioso.

—¿Sí? —preguntó.

—Sus manos parecen las alas de una mariposa en pleno vuelo —dijo Grant.

—Es que estoy pintándomelas —rió ella, se miró las manos, y luego las ofreció a la vista de Grant, dorso por delante—. ¿Le gusta el color?

El sujeto alto, guapo, moreno y golfo tomó las manos de la muchacha con las suyas, y depositó un casto y rendido beso en cada una, diciendo acto seguido:

—No me gustan... ¡Me encantan! Y por supuesto, este color les sienta de maravilla, señorita Delmare.

Ella parpadeó, más atónita aún que al recibir los besos de vasallaje, todavía con las manos tendidas.

—¿Me conoce usted? —preguntó por fin.

—¡Huy...! ¡Si yo le contara, señorita Delmare! ¿Me permite usted pasar?

—Es que estoy arreglándome para salir... Bueno, pase. No me entretendrá demasiado, ¿verdad?

—Podemos solucionar el asunto en un minuto, si usted lo desea así.

—Ay, menos mal... Cierre la puerta, ¿quiere? Y venga a la salita. ¿Es usted el de los seguros que me llamó ayer por teléfono?

Grant Maynard sonrió. En aquel mismo momento, si no hubiera sido porque la chica le caía simpática, habría dado media vuelta y se habría marchado. Pero nunca se pierde nada por charlar un poco con una chica encantadora.

—Bueno —dijo—, digamos que después de charlar conmigo podría usted conseguir cuatrocientos mil dólares sin demasiado esfuerzo.

Norma Delmare, que ya caminaba hacia la salita, se volvió vivamente, y se quedó mirando a Grant con la mandíbula inferior poco menos que colgando.

—Cuatro... ¿qué? —exclamó.

—Será mejor que vayamos a la salita y se siente. Ah. ¡Y no se trata de ningún concurso!

—¿Por qué dice eso?

—Cosas mías.

Norma caminaba como en sueños hacia la salita. Llegaron allí, y

ella señaló un sillón. Grant hizo un gracioso gesto para que se sentara ella primero, y cuando Norma Delmare lo hubo hecho ante la mesita donde tenía la laca de uñas, él acercó un sillón allí, se sentó, tomó el pincelito, lo humedeció, y agarró una mano de la muchacha. Le dio una pasada de laca en una uña, y alejó la cabeza, entornando los ojos.

—Va a quedar estupendo —dijo—. Mire, no es por asustarla, señorita Delmare, pero le estoy viendo los pechos. Lo que, dicho sea con toda sinceridad y admiración, ¡me encanta!

—Usted..., usted no es de los seguros...

—No. ¡Qué manos tan bonitas! ¿A qué se dedica usted?

—Soy mecanógrafa.

—¡Ah! Caramba, debe escribir usted muy deprisa a máquina.

—Pues sí, soy bastante veloz... ¿Por qué lo dice?

—Porque si gana tanto dinero, debe ser una fiera dándole a las teclas.

—¡Tanto dinero...! —exclamó ella—. ¡Soy una miserable muerta de hambre, se lo aseguro!

—No creo que a los muertos les hagan seguros.

Norma Delmare se echó a reír. Sí, tenía unos ojos preciosos, de lo más cautivador. Eran ojos verdaderamente femeninos, dulces, graciosos, maliciosos... y cálidos.

—¡Oiga! —exclamó de pronto la muchacha, dejando de reír—. No será usted del Fisco...

—Cielos, no —se aterró Grant—. ¡No! ¡Lo juro!

—Menos mal.

—¿Defrauda usted al Fisco?

—¡Claro que no!

—Entonces, ¿por qué se preocupa? —Grant seguía pintando las bien cuidadas uñas de la muchacha—. Es una lástima que estas manitas pierdan el tiempo aporreando teclas. Estoy seguro de que podrían hacer cosas mejores.

—¿Por ejemplo? —se interesó ella, sonriente.

—Acariciar mejillas masculinas, pongo por caso.

Ella le miró con aquella simpática malicia, y pasó la mano libre por la mejilla de Grant, que sonrió a su vez.

—No hace mucho que se ha afeitado, ¿verdad?

—Apenas una hora —admitió Grant.

—Me gustan los hombres que se afeitan cuando es el momento de hacerlo, de veras —suspiró la muchacha.

—¿Y cuándo es el momento de hacerlo?

—Cuando han de hacer algo en verdad importante, como, por ejemplo, acudir a la cita con una mujer. Hay hombres que son tontos de la cabeza, se lo aseguro. Se afeitan a las siete de la mañana para ir al trabajo, donde sólo hacen eso, trabajar, y claro, cuando a la tarde acuden a ver a una chica, ya llevan barba. Eso es una tontería. Yo creo que deberían ir barbudos al trabajo y afeitarse al salir en busca de la chica.

—Señorita Delmare, acaba usted de decidir el futuro del mundo. O por lo menos, acaba de decidir mi futuro, que no es poco. A partir de ahora, no me afeitaré más que cuando vaya a encontrarme con una chica.

—¿Le parece mal lo que he dicho? ¿Una tontería?

—La tontería es afeitarse para ir a trabajar. Claro que también es una tontería ir a trabajar.

—¡Estamos completamente de acuerdo!

—Usted es tan bonita —Grant soltó la mano que acababa de pintar, y tomó la otra— que podría pasarse la vida entera sin trabajar.

—¡Dígame cómo!

—Bueno, digamos que, haciendo de puta, o algo así.

—No, gracias.

—¿No le gustan los hombres?

—¡Oh, sí, demasiado! Me gustan tanto que a la mayoría de ellos se lo daría gratis, así que no sería negocio, ¿verdad?

—No —sonrió Grant—, no sería negocio. ¿De manera que le gustan mucho los hombres?

—¡Cielo santo, si me gustan...! Lo malo es que yo también les gusto mucho a ellos.

Grant terminó de pintar la uña del pulgar, y miró sorprendido a Norma.

—¿Es malo gustar a los hombres?

—En mi caso, sí. Verá lo que pasa, señor..., señor...

—Green. Andrew Green. Soy hermano de Arthur Green.

—Pues verá lo que pasa, señor Green...

—Andy para los amigos.

—Oh, sí, claro. Pues verá lo que pasa, Andy. Si una chica le gusta a un hombre, o a un par, no va a tener grandes problemas. Seguramente, ese hombre, o uno de los dos, le pedirá si está ya convencida de que el hombre le conviene, pues se casa y en paz. Claro, la chica se habrá asegurado antes de que la cosa va a ir bien, al menos económicamente, ¿comprende?

—Por supuesto.

—Pero si la chica gusta a muchos hombres..., ¿qué significa eso?

—Mmm... ¡Que está muy buena!

—¡Exacto! —rió Norma Delmare—. Está tan buena que siempre está rodeada de moscones. Pero..., ¿qué quieren esos moscones?

—Tirársela.

—¡Sí, señor! Es una chica... apta para ligar, llevarla de viaje, comprarle un salto de cama, y, claro, acostarse con ella y pasarlo de maravilla...

—¿Ése es su caso? ¿Se pasa de maravilla con usted?

—Siempre he recibido felicitaciones.

—Pero nada de proposiciones de boda.

—Usted es perspicaz, señor Green. En efecto, nada de proposiciones matrimoniales. Estoy demasiado buena, y todos piensan que eso es un tanto peligroso, aparte de considerar que una chica tan bonita tiene que ser siempre una cabeza loca, una juerguista, una..., una...

—¿Una alegre golfita?

—Más o menos. De modo que son muy simpáticos conmigo, me ligan, me invitan a esto a lo otro, me hacen un regalito, y, en cuanto vengo a darme cuenta, ¡zas!, ya estoy camino de la cama. Y así, ¡hala!, uno tras otro, ¡a pasarlo bien con la simpática Norma!

—Pero nada en serio.

—Que no, caramba, que me tienen miedo. Como esposa, nada. Pero ocurre, señor Green, que, aunque a mí me gusten los hombres, creo ser una buena chica, y lo que de verdad me gustaría es casarme y vivir tranquila. ¿Qué le parece?

—Maravilloso. Y, además, tiene todo el derecho del mundo a tener sus propias aspiraciones.

—¿Aunque me gusten los hombres y me acueste con el que me place?

—Bueno, sí usamos las orejas no veo por qué no hemos de usar

otras partes de nuestro cuerpo, querida.

—¡Es usted muy comprensivo! —rió Norma—. ¿Se casaría conmigo?

—Pues no. Pero no porque no me guste, créame. Es que ya estoy enamorado de otra mujer.

—¡Qué suerte tienen algunas! ¿Cómo es ella?

—Esto... Oh, una preciosidad. Nos vamos a casar pronto, y seguramente iremos al Caribe en viaje de luna de miel.

—¡El Caribe! ¡Qué suerte!

—¿Usted nunca ha salido de aquí?

—¡Claro que he salido! ¿Qué se cree usted? Precisamente, hace un par de semanas estuve en Miami... ¡Pero no me sirvió de nada!

Grant la miró con simpático interés.

—¿De qué tenía que haberle servido?

—Usted me inspira confianza, así que se lo diré. Verá, me he pasado yo qué sé cuánto tiempo ahorrando, y cuando reuní el dinero suficiente, me fui a Miami. Oh, Miami Beach, no crea, y estuve en un hotel que no está nada mal... El Queensland. ¿Conoce Miami?

—Sí. Y sé dónde está ese hotel. Es bonito, y tiene piscina.

—¡Ahí quería llegar yo! Piscina y todo. Pues nada, me voy allá con mis ahorros y un montón de vestidos y trajes de baño, y..., me dedico a mostrar la mercancía...

—¿Qué mercancía?

—Yo. Debería usted verme en traje de baño. ¡Estoy preciosa! Lo digo en serio, Andy, ¡preciosa! Bueno, pues nada, empiezo a mostrar la mercancía, y, claro, en cuestión de segundos ya tenía a mi disposición un montón de amables caballeros. Salí con uno, luego con otro, concerté cita con un tercero... Y de pronto, me dije: «Norma, querida, estás perdiendo el tiempo, ninguno de estos tipos te busca para convertirte en su esposa, sino para gozar de ti y luego olvidarte, como ha sido siempre». Y como yo no había ido allá para eso, sino para ver si pescaba un marido rico de una vez, corté por lo sano.

—¿Qué hizo?

—Pues seleccioné a mis amigos, hice lo que me dio la gana, disfruté de lo que yo quise, y cuando se me acabó el dinero me volví a Artesia.

—Sin marido, ni rico ni pobre.

—No siempre se gana. Pero lo pasé fenómeno, y al fin de cuentas, he llegado a la conclusión de que, si hay un hombre por ahí que algún día va a pedirme que me case con él, ya llegará. ¿Qué le parece?

—Si todo el mundo tuviese su lucidez de pensamiento, las cosas irían sobre ruedas, encanto mío. ¿Eh? —Le mostró las uñas—. ¿Qué tal?

—¡Estupendas! Es usted tan servicial, señor Green... Gracias, de verdad.

—¡Bah, bah, bah...! Cualquiera lo habría hecho. A propósito, Norma. ¿No conocería usted por casualidad en Miami a un tipo que le entregó una llave?

—Me parece que no. ¿Cómo era él?

—Más o menos, como yo.

—¡Cielos! ¡No lo habría olvidado! ¿Cree que puede haber otro hombre como usted?

—Vaya, no tanto, pero por ahí le anda... Casualmente, tengo aquí una fotografía del hombre del que le hablo, vea... ¿Lo recuerda ahora?

—No... Seguro, no. Sí que es guapo —de pronto, Norma señaló la fotografía—. ¡Oiga, éste es usted!

—Buena vista. ¿Sabe si hay por aquí algún buzón de correos?

—Oh, sí. A un par de manzanas, en dirección al centro. Siempre echo en él mis cartas.

—¿Tiene un bolígrafo?

—Claro.

Norma Delmare facilitó un bolígrafo a Grant, éste escribió algo en el anverso del sobre que sacó del bolsillo de la chaqueta, metió dentro la postal, cerró el sobre, que ya estaba estampillado, y volvió a guardarlo. Devolvió el bolígrafo.

—Muchas gracias, señorita Delmare. El mundo es grande, pero quizá volvamos a vernos algún día. Para entonces, espero que haya tenido suerte. ¡Y no la entretengo más!

—¿Se va usted?

—Sí. Yo también tengo cosas que hacer.

—Le acompañaré a la puerta —la muchacha se dirigió hacia allí, con Grant a su lado—. Y ahora que caigo, señor Green, ¿en qué

puedo servirle? Porque supongo que no ha venido usted aquí a ayudarme a pintarme las uñas.

—No, no. Eso ha sido casualidad —llegaron ante la puerta, y Grant la abrió y salió al pasillo—. Sencillamente, pasaba por aquí y me dije: «¡Hombre, voy a ver si la señorita Delmare tiene un bolígrafo para prestarme!». Ha sido usted muy amable. Adiós, Norma.

Grant se besó un dedote, deslizó éste por el escote de la muchacha, le guiñó un ojo, y se fue.

¡Ah, qué simples son las cosas a veces...!

En cambio, otras veces, ¡son tan complicadas!

* * *

Desde el coche, Georgina Calhoun y Herbert Tolliver vieron a Grant salir del edificio donde vivía Norma Delmare.

—Ahí sale —susurró Tolliver.

Georgina no se molestó en contestar algo que era tan evidente. Grant Maynard caminaba hacia ellos tras cruzar la avenida, pero no se detuvo al llegar al coche, sino que siguió caminando. Captó la mirada de asombro de Georgina, le hizo un gesto con la barbilla, y continuó alejándose.

—Algo pasa —dijo Georgina.

—¿Qué demonios quieres que pase? —farfulló Tolliver.

—De momento parece que no quiere entrar en el coche... Da la vuelta y vamos tras él.

Tolliver refunfuñó algo, pero efectuó la maniobra y partió en pos de Grant Maynard. Un par de manzanas más abajo, le vieron detenerse ante uno de los buzones de la *U. S. Mail*, sacar una carta del bolsillo, y deslizarla por la ranura.

—¡La postal de Mabel! —rió Georgina.

—¿Qué postal?

—No tiene importancia... Mira, ahora parece que nos está esperando. Vamos a recogerle.

Se acercaron, Tolliver detuvo el coche, y Grant se apresuró a sentarse atrás. El coche reanudó la marcha. Georgina se había vuelto hacia Grant.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Cómo ha ido?

—Perfecto —hizo Grant el gesto del okay.

—¿Te ha dado la llave?

—Claro.

Tolliver respingó, y lo miró con ojos muy abiertos por medio del retrovisor. Georgina estaba como petrificada. Grant Maynard soltó un gruñido.

—Jolín, qué éxito —masculló—. Llevamos recorrido medio país en busca de esa llave, llegamos a la conclusión de que ya sólo Norma Delmare podía tenerla, se la pido, me la da, y parece que haya dicho algo increíble.

—Pe..., pe..., pero... ¡Eso es fantástico! —Casi gritó Georgina—. ¡Déjame verla!

—¿El qué?

—¡La llave!

—Ah, esa maldita llave... No la tengo yo.

—Pero... ¿no dices que te la ha dado?

—Sí, pero ya no la tengo.

—¿Dónde está?

—En el buzón de Correos, dentro de un sobre.

Tolliver frenó en seco, y se volvió con ojos desorbitados hacia Grant. Georgina le miraba como si estuviese a punto de desmayarse.

—¿Qué ha dicho? —jadeó Tolliver.

—Soy un tipo listo, ¿a que sí? —Se ufanó Grant.

—¿Ha echado la llave al buzón del servicio postal de Estados Unidos?

—Hombre, claro.

—Pero ¿por qué has hecho eso? —Casi gimió Georgina—. ¿Por qué, Grant?

—Porque soy un tío listo. Veréis lo que pensé en cuanto la muchacha me entregó la llave. Me dije: «Si ahora sales con la llave y esos tipos amigos de aquellos de Boston andan por ahí fuera y resulta que te atracan, te la van a quitar». Y peor sería si atacasen cuando estuviésemos los tres y nos liquidasen. Así que, para evitar que se quedasen con la llave, aunque nos matasen, la metí en el sobre con la postal, puse en el sobre mi nombre con la dirección del Queensland Hotel de Miami Beach, y la he echado al buzón. A Mabel ya le escribiré otro día.

Tolliver y Georgina lo miraban como si les resultara imposible creer lo que acababan de oír. Estaban patitiosos, como se dice vulgarmente.

—¿Qué pasa? —sonrió Grant—. ¿Soy o no soy un tío listo? Todo lo que tenemos que hacer ahora es ir a Miami, yo me alojo en el Queensland, y en cuanto me llegue la carta, saco la llave, os la entrego..., ¡y a por mis ochenta mil dólares! ¿Soy o no soy un tío listo?

Tolliver y Georgina cambiaron una mirada. Luego Tolliver puso de nuevo en marcha el automóvil, mientras Grant miraba desconcertado a Georgina, que todavía no había conseguido salir completamente de su pasmo.

—Gracias por las felicitaciones, gracias —masculló Grant Maynard—. Por favor, no aplaudan más. Gracias, gracias, gracias...

CAPÍTULO VIII

—Gracias, muchacho —dijo Grant al botones—. Y toma, para que te hagas socio de Rockefeller.

El botones agradeció la propina, que sin ser tanto como decía Grant tampoco era despreciable, y dejó solo al cliente recién llegado al Queensland Hotel de Miami Beach.

Grant se dirigió a la terraza de la habitación, salió, y miró el mar, grisazulado. Aspiró hondo, se golpeó el pecho con las palmas de las manos, y dijo:

—¡Y dentro de poco, al Caribe!

El teléfono sonó cuando estaba colocando su maleta casi vacía dentro del armario.

—¿Sí? Ah, hola, nenita... Ya ves, todo bien, aquí estoy. ¿Habéis estado ya en el Departamento a explicarlo todo?

—Bueno, lo entiendo. ¿Quieres que pase por tu apartamento para recogerte y salir a cenar?

—Ah. Sí, lo entiendo, tenéis que dar muchas explicaciones a vuestros jefes. Bueno, en cuanto puedas... ¿Qué?

—¿...?

—No, no ha llegado todavía. Y claro, ya no llegará hasta mañana. ¿Crees que podrás cenar conmigo?

—Sí, sí, mujer, lo entiendo. Bueno, yo podría llamarte mañana por la mañana al Departamento, en cuanto llegue el sobre con la llave... ¿No?, ¿adónde, entonces?

—Por mí está bien, estaré esperando que me llames tú o Tolliver, de acuerdo. Y tómatelo con calma. Mañana tenemos que estar todos descansados... Adiós, cariño.

—Sí, besos. Adiós.

Grant Maynard se duchó, se vistió con las más elegantes ropas

compradas en Artesia antes de marchar de allí, y bajó a cenar al restaurante del hotel. Luego tomó un par de copas en el bar de la terraza, escuchando la música y contemplando el mar bañado de luna. Se estaba bien allí. Realmente, con tantas experiencias había sabido valorar adecuadamente lo que tenía. Así es la vida: variada, inquietante, sorprendente..., no siempre igual. Y conviene conocerla en todas las facetas posibles. A veces, sólo porque uno nace rico se cree que todo es fácil, y no. No.

Y si no, allá tenía a Didi Lorenay, enseñando sus preciosas carnes a un montón de cerdotes. ¿Qué porvenir le esperaba a aquella muchacha? Porque claro, por mucho dinero que le pagasen los ricachos que se acostasen con ella, no sería una fortuna para toda la vida... Entonces, ¿qué? ¿Toda la vida dale que dale brincando de un lado a otro de un escenario huyendo del temible violador?

Grant frunció el ceño recordando las veces que el público había pedido a gritos que el violador calvo y miope violase por fin a Didi Lorenay. ¡Pandilla de bestias! Pero eran los que pagaban, así que Didi quizá debió complacerlos alguna vez. A fin de cuentas, ¿qué más le daba a ella quién se la tirase?

«Soy un maldito cerdo —se dijo Grant—, ¿con qué derecho pienso eso de la muchacha? ¡A lo mejor es decente!».

Acto seguido pensó que era un cretino, se maldijo por continuar pensando en Didi Lorenay noche y día, y salió del bar. Su habitación estaba en el tercer piso, pero salió del ascensor en el segundo.

Muy bien.

Allá estaba.

Justamente donde veinte días antes había estado Arthur Green.

Las puertas del ascensor se cerraron, y Grant quedó solo en aquel extremo del pasillo, en el otro extremo, una ventana que daba al exterior, a un lado del edificio. A su derecha, las puertas pares, y a su izquierda las impares.

Grant encendió un cigarrillo, se lo dejó en la boca, y metió las manos en los bolsillos. Muy bien, allá estaba, sí. Ahora, sólo tenía que suponer que él era Arthur Green, mientras repasaba la historia auténtica...

Los pares a la derecha, los impares a su izquierda, dos grandes

tiestos con plantas tropicales a la derecha, otros dos a la izquierda, alternados, la ventana del fondo, todas las habitaciones ocupadas, pero sólo cuatro personas podrían haber sido receptoras de la llave de un criminal, y, ciertamente, ninguna de esas cuatro tenía la llave. Grant estaba seguro.

¿Entonces...?

Comenzó a caminar por el pasillo, lentamente. Habitación 201, habitación 202, habitación 203... ¿Quizá alguna de las pacíficas personas no sospechosas había recibido la llave, la maldita llave? Habitación 204. Una de las grandes macetas. Habitación 205, habit...

Se detuvo en seco, y volvió la cabeza. Se quedó mirando la hermosa planta tropical, verde, bien cuidada. Giró de nuevo la cabeza, y su mirada pareció salir disparada hacia el macetón que había más adelante, justo al lado de la puerta de la habitación 212, la penúltima de la derecha. Caminó hacia allí como en sueños, metió la mano entre las plantas, sus dedos tocaron la tierra, hurgaron en ella rodeando la base de la planta. De pronto, quedó inmóvil.

Estuvo así unos segundos.

Luego, lentamente, retiró la mano, la sacudió..., y se quedó mirando la llave que sostenía entre sus dedos.

Se quedó mirando al camarero por encima del vaso de refresco que sostenía entre sus fuertes dedos. El camarero sostenía un teléfono.

—Sí —dijo Grant—, la estaba esperando. Conéctelo, por favor.

El camarero conectó el teléfono a la clavija de la mesa, mientras Grant preguntaba:

—¿No ha llegado una carta para mí? Dejé encargado que en cuanto llegase me avisaran.

—Todavía no han repartido el correo de esta mañana, señor.

—Gracias. Hermoso día, ¿no es cierto?

El camarero lo miró inexpresivamente, y murmuró:

—Sí, señor, hermoso día —señaló el teléfono—. Cuando usted guste, señor.

—Gracias.

El hombre se retiró, seguido por la pensativa mirada de Grant Maynard. Tan sólo un año atrás no habría podido comprender el

significado de la mirada de aquel hombre. Ahora, lo sabía perfectamente. Quería decir que, para él, aquel día no tenía nada de especial, pues, hermoso o no, estaba trabajando. Y seguramente, un trabajo que no le proporcionaba los ingresos suficientes para vivir como aquéllos a quienes dedicaba su esfuerzo, gente que iba a disfrutar de la vida, que tenía más dinero que él. Claro, siempre hay algunos que para ir al Queensland o a otro hotel parecido, tienen que estar ahorrando un tiempo, como Norma Delmare. Pero éstos no cuentan. Los que cuentan son los que pueden vivir siempre de aquel modo, gozando de lo mejor, mientras otros trabajan más y gozan menos.

Sí, había sido muy, muy provechoso aquel año de diversas experiencias en la vida de Grant Maynard. Había conocido gente de todas clases, había convivido con toda clase de tipos, había trabajado en empleos variadísimos... Movi6 la cabeza.

Luego descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Buenos días, mi amor. ¿Qué tal? ¿Muy cansada?

—Me alegro. En cuanto a mí, pues aquí me tienes, en la piscina, tomando el sol y un refresco. De maravilla. ¿No te parece que hace un día espléndido? Oye, estoy en traje de baño, ¡y si vieras cómo me miran las chicas!

—¿...?

—Ah, la llave. Si, justamente acaban de entregarme el sobre. Todo está bien.

—¡...!

—No entiendo por qué te excitas tanto: tenía que salir bien. Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Si, sí, entiendo... Sí, de acuerdo.

—¿...?

—Bueno, entre una cosa y otra..., pongamos una hora. En una hora puedo estar ahí. Sí, tomaré un taxi. Sí... Hasta ahora, nenita.

Colgó, miró el cielo azul, el hermoso mar, las embarcaciones que lo surcaban, la dorada arena, las palmeras... Sí, señor, la vida era hermosa, y no había nada tan adecuado para comprenderlo como vivirla... fuese como fuese.

Oh, pero no tenía por qué hacer esperar a Georgina...

* * *

Abrió la portezuela derecha de atrás, y entró en el coche. Desde el asiento delantero, Georgina y Tolliver le miraban expectantes. Grant se acercó a Georgina, le dio un besito en la boca, y luego saludó:

—Hola, teniente. ¡Hermoso día!

—Hola, Maynard. Sí, en efecto —sonrió—. ¿La llave?

Grant sacó la llave de un bolsillo, y se la tendió. Tolliver la tomó, y se quedó mirándola, igual que Georgina, como si no pudieran creerlo. Luego los dos miraron a Grant, que masculló:

—Yo creo que todavía tenemos un problema.

—¿Cuál? —Frunció el ceño Tolliver.

—No sabemos a qué terminal de autobuses pertenece esa llave.

—Problema resuelto —sonrió el teniente—. Nosotros sí lo sabemos.

—Menos mal. Bien —Grant se frotó las manos—. ¡Allá vamos, a por mis ochenta mil dólares!

Tolliver puso el coche en marcha. Veinte minutos más tarde lo detenía ante la puerta de un almacén, que se alzó por medio del mando eléctrico.

—Pero... —empezó Grant.

—Tranquilo —le sonrió Georgina, volviéndose—. Sólo vamos a recoger unas cosas, Grant.

—Ah.

Entraron en el almacén. La puerta se cerró. Por las dos ventanas que daban a la calle entraba luz más que suficiente para que Grant, que estaba pálido, viese perfectamente la sonrisa de Tolliver cuando éste se volvió hacia él... Y también pudo ver la pistola con que Tolliver le apuntó al pecho.

—Bien, señor Maynard, después de tanto viajar, es bueno descansar, ¿no le parece? Gracias por todo y...

El estampido sonó ahogado dentro del garaje, dentro del coche. Tolliver se estremeció fuertemente, emitiendo un profundo gemido. La pistola brincó en su mano, y Grant se la arrebató de un manotazo, mientras Tolliver volvía su desorbitada mirada hacia Georgina Calhoun.

—¿Qué...? —jadeó.

Hubo una crispación en el rostro de la dulce Georgina en el momento que sonó otro disparo y Tolliver volvió a estremecerse.

Comenzó a mover sus manos hacia la muchacha, pero de nuevo disparó esta contra su vientre, y otra vez se estremeció Herbert Tolliver.

—Mal... dita... pe..., perra...

Una densa bocanada de sangre apareció por un lado de la boca de Tolliver, y se deslizó hacia su barbilla. Parecía barro rojo, tan densa era. Tolliver cayó lentamente hacia la portezuela de su lado, y se quedó apoyado allí, con la desorbitada mirada fija en Georgina, mientras de su boca seguía brotando la sangre en un lento borbotón.

Georgina miró a Grant, comenzó a mover el brazo derecho..., y la pistola de Tolliver, empuñada fuertemente por Grant, apuntó a su frente.

—No te muevas —jadeó Grant—. ¡No te muevas! Y si disparas contra mí a través del asiento, tendré tiempo de volarte la cabeza.

—Grant... Grant, no... ¡No voy a disparar contra ti, amor mío!

—Dame tu pistola —exigió Grant.

—Pero... ¿qué estás pensando? ¿Crees que voy a disparar contra ti? ¿Realmente lo crees? ¡No lo haría jamás! Si he disparado contra él ha sido porque iba a matarte. Le dije que no debíamos hacerlo, pero insistió, dijo que debías morir. Así que... me preparé para evitarlo... ¡Y eso es lo que he hecho!

—No te esfuerces más —gruñó Grant—. Me habéis estado engañando todo el tiempo. ¿Por qué has de ser sincera ahora? Sé lo que estás pensando: matarme, y quedarte con todo el dinero. Sé que no eres policía... Le dije a mi padre por teléfono que se interesase por este asunto. Él tiene buenos amigos, y consiguió un bonito informe..., que no tiene nada que ver con el cuento chino que me contasteis. Lo que pasó en Miami, en el segundo piso del Queensland, fue que «alguien» mató a Arthur Green... para nada. Y ese «alguien» no pudo ser nadie más que tú y Tolliver. ¿No es cierto?

—Sí, sí, eso es cierto... Esperamos a Arthur cerca del hotel, y cuando llegó subimos tras él. Sabíamos que no cometería el error de ir armado allí, así que... Bueno, cuando entramos en su habitación, él se disponía a saltar por la terraza. Le obligamos a entrar, amenazándole, y... y entonces Tolliver le disparó. Pero ya no tenía la llave, se la había entregado a Norma Delmare...

—No. Sois un par de tontos, Georgina. No existía tal chica esperando a Arthur en el Queensland. Él dijo eso para que os confiaseis, pero lo cierto era que pensaba estar allí el tiempo justo para tomar un avión a Río de Janeiro y dejaros a todos con mil palmos de narices. Pero vosotros, que también teníais pensada vuestra propia jugada sucia, lo esperasteis. El debió veros al entrar en el hotel, comprendió lo que os proponíais, y tranquilamente subió a su habitación. Sabía que subiríais tras él, y pensó en escapar por la terraza. Calculó mal vuestra rapidez..., pero vosotros calculasteis mal su astucia: no entregó la llave a nadie.

—Pero a ti te la dio Norma Del...

—Que no, boba. La llave ha estado todo el tiempo en uno de los maceteros del pasillo del segundo piso. ¿No lo entiendes? Arthur Green prefirió dejarla allí, pensando volver cuando fuese posible.

—¿Cómo lo sabías tú?

—Yo no sabía nada. Sólo me puse en el lugar de Arthur Green... después de saber, claro, que nadie había recibido la llave. Simplemente, pensé, y la encontré.

—Eres muy listo, Grant —sonrió Georgina.

—No tanto como vosotros. ¡Buen cuento inventasteis! Todo eso de la fotografía trucada estuvo bien, pero sólo queríais que fuese yo quien corriese los riegos si aparecía la policía, ¿no es así? ¡Y nada de avisarla en Boston, ni en ningún sitio! Simplemente, me habéis estado tomando el pelo. Y al mismo tiempo, os habéis desembarazado de vuestros compinches Rudy y Denis. ¡Pobres tontos! Todavía recuerdo la cara de sorpresa, de ira, de furor, cuando disparasteis.

—Ellos creían que dispararíamos con balas de fogeo para continuar engañándote. En realidad, sólo nosotros, los de la banda de Green, estamos tras el dinero. La policía no tiene ni idea de dónde estamos nosotros ni el dinero. Por eso, si confías en mí...

—¡Confiar en ti! ¡Ésta es buena! ¿Acaso tú has confiado en mí en algún momento? Como el cuento chino de aquellos dos bobos, que me desnudaron para ver si tenía la llave, porque no confiabais en mí, y además, en cuanto os encontrara la llave queríais matarme. Y luego, tus mimitos, y tus orgías de cama... ¡Sólo para tenerme fascinado, a tu merced! Pero, mientras creías que dormía, registrabas mis ropas en busca de la llave, no fuese que me la

hubiera entregado Jessica Newcomb. ¡Nunca confiasteis en mí! Pero es natural, pues vosotros no sois de fiar. Pero me habéis utilizado, si algo ocurría, si la policía había conseguido alguna pista..., ¿a quién cazarían? ¡Al tonto de Grant Maynard! Me has mentido en todo momento, no habéis estado haciendo otra cosa que tomarme el pelo..., hasta que recordé la mirada de asombro y furia de Rudy al ver cómo una bala destrozaba la cabeza del otro, y el modo implacable en que lo mataste... ¡y todo eso de dos policías dando tumbos de un lado a otro, y esos «arreglos» con las policías de otros sitios...! ¡Al demonio! ¡No soy tan tonto como parezco!

—Grant, no tienes por qué ponerte así conmigo, querido... Escucha, Tolliver era el lugarteniente de Arthur Green, y yo he sido la amante de Tolliver. ¿No te preguntas por qué, entonces, lo he matado a él en lugar de dejar que él te matara?

—¡No me vengas con más cuentos!

—Te estoy ofreciendo sinceramente mi amor y ochocientos mil dólares —susurró la muchacha—. Podemos ser nosotros quienes vayamos a Río, o adonde nos venga en gana. Tú y yo, Grant. Por eso he matado a Tolliver, porque te amo.

—Si yo no tuviese en la mano la pistola de Tolliver, ya veríamos si me amabas.

—Está bien, no me creas. Tú dirás qué hacemos.

—Vuélvete completamente de espaldas a mí, alza despacio la pistola, y pásala hacia atrás por encima de tu hombro.

Georgina asintió, y obedeció. Grant se apoderó de la pistola de la muchacha.

—Ahora sal del coche, echa fuera a Tolliver, y ponte al volante, iremos a por el dinero.

—Grant, te aseguro...

—¡Habla cuando tenga el dinero en mis manos!

—Está bien. No tardaremos más de diez minutos en llegar a la terminal.

Georgina detuvo el coche, y miró a Grant Maynard. Éste le devolvió una mirada torva, desconfiada. Luego echó un vistazo alrededor, todo parecía normal. Grant señaló el gran vestíbulo de la terminal.

—Vamos para allá. Tú abrirás el compartimento, cogerás el dinero, y volveremos aquí, siempre juntos. Si alguien me atacase o

me molestase, te mataría, Georgina.

—Sólo quedamos —tú y yo— sonrió dulcemente ella. —De verdad, Grant, sólo tú y yo. Todos los demás han muerto. Y bien pensado, no te sería rentable matarme a mí.

—¿Por qué no?

—Porque no sabías cuál era la terminal donde...

—Pero ahora ya lo sé —sonrió secamente Grant—. Vamos a por el dinero. Cuando estemos cerca del compartimiento, tú te adelantarás, y yo vigilaré. ¿Está claro?

Ella asintió. Salieron del coche, cruzaron el estacionamiento, y entraron en la terminal. Sorteando al numeroso público, Georgina Calhoun dirigió la marcha hacia donde estaban los compartimientos utilizados por tantos pasajeros, que dejan allá paquetes de toda clase. En determinado momento, Georgina señaló hacia uno de los bloques de compartimientos. Grant asintió, y se detuvo. Ella siguió adelante.

Llegó ante el compartimiento cuyo número constaba en la llave, introdujo ésta en la cerradura, abrió la puerta..., y casi lanzó una exclamación al ver allá las bolsas de papel donde Tolliver le había dicho que Green había puesto el dinero. Abrió una de las bolsas, y ya no pudo contener una exclamación de alegría...

—Señorita Calhoun.

Se volvió, todavía sonriendo.

Y la sonrisa se congeló en sus labios. Tras ella había tres hombres, dos muy juntos, otro separado. Uno de los dos que estaban juntos y más cerca de ella le mostró una placa policial.

—Policía. Y esta placa no es robada. ¿Puede usted mostrarme lo que hay ahí dentro, por favor?

Georgina Calhoun tuvo la sensación de que el mundo se abría bajo sus pies. Miró hacia donde había quedado Grant Maynard, y lo vio mirándola fijamente. Junto a él había otro hombre, otro policía, claro está. La verdad fue como un mazazo en plena cabeza de Georgina: Grant Maynard había avisado a la policía de Miami antes de salir del hotel, la habían seguido, la habían utilizado para llegar hasta el dinero...

—¡Grant! —gritó de pronto, lívida—. ¡Maldito seas mil veces, hijo de perra, asqueroso cerdo que todos los demonios...!

—No te canses, nenita, a fin de cuentas, de ti he aprendido a ser

golfo —la interrumpió Grant Maynard.

ESTE ES EL FINAL

Didi Lorenay oyó abrirse la puerta de su camerino en el Tobago, y se volvió, con gesto en verdad poco amistoso. Pero, al ver a su visitante, quedó estupefacta. Y luego, súbitamente, su rostro se iluminó, los ojos brillaron intensamente...

—¡Grant! —exclamó—. ¡Ha vuelto!

Grant Maynard, vestido impecablemente, alto, guapo, moreno..., cerró la puerta, fue hacia una silla, la ocupó con señorial gesto, y miró fijamente a la asombrada y, al parecer, contentísima muchacha.

—Escucha, antes de decidirme a olvidarte definitivamente, quiero concederme una oportunidad de no renunciar a ti. Y digo esto, porque si decido quedarme contigo, ni tú podrás impedirlo...

—¿Dónde has estado? ¡He preguntado tantas veces por usted!

—Como iba diciendo... ¿Por mí? ¿Por qué?

—Oh, pues... Bueno...

—¡Aquí tenemos otra! —Se pasmó Grant—. ¡Ahora me dirás que te has enamorado de mí!

—¡Oh, sí! ¡Desde que te vi!

Grant sacudió la cabeza.

—¿Pretendes tomarme el pelo? ¡Si estabas enamorada de mí debiste decírmelo! ¿O no?

—Bueno, es que...

—¿Qué? ¿Un camarero era poco para ti? Bueno, tengo una noticia interesante. Didi Lorenay. Mi nombre completo es Grant Hamilton Maynard, soy hijo y heredero único de un ricacho que tiene un montón de empresas, y estaba tan harto de todo que me largué de casa en busca de experiencias, a conocer la vida bajo otro prisma. Para que te enteres, chica lista: estoy podrido de dinero. ¿Y

sabes qué haré en cuanto salga de aquí? Pondré una agencia privada de investigación, que dirigiré personalmente, y así seguiré conociendo gente y teniendo experiencias... ¡La de cosas que he aprendido..., y las que me quedan por aprender! ¿Está todo claro?

—Pu... pues sí..., sí...

—Bueno. Ahora dame una explicación convincente respecto al hecho de que, estando enamorada de mí, no quisieras saber nada conmigo y te fueses con otros tipos. ¡Te escucho!

—Nunca he ido con otros hombres —rechazó Didi—. Y si no quería que te acercases a mí era precisamente porque temía... que me pidieras lo mismo que todos. Y porque..., porque pensaba que me despreciabas por salir desnuda en un escenario de mala muerte...

—¿Despreciarte? —susurró Grant Hamilton Maynard—. Bueno, una de las cosas que he aprendido es a no despreciar a nadie. ¿De modo que eres una jovencita honrada?

—Yo..., yo creo que sí.

—Entonces, ¿por qué demonios vienes aquí a enseñarles el culo a ese montón de mirones?

—Bueno, es..., es el modo de ganar el suficiente dinero para que mi hermano y yo podamos... pagarnos..., o sea, mantenernos mientras dedicamos todo el día a estudiar Medicina, y..., y...

—¿Me... dicina? —tartamudeó Grant.

—Bueno, sé que hay otros empleos, pero... ¡Oh, Dios mío, no podía saber que te conocería a ti y que te disgustaría tanto!

—Didi, estás tan chiflada como yo. De modo que vamos a aceptarlo, no discutamos. Tengo dos pasajes para el Caribe. ¿Te vienes conmigo para tomarte un descanso antes de seguir estudiando... o te quedas a seguir enseñando el culo?

—Oh, yo... Bueno...

La puerta del camerino se abrió de nuevo, y apareció el monstruoso ser gordo y fuerte, de la cabeza pelada y miope..., pero sin lentes.

—Didi, preparada para... ¡Hombre! ¿De dónde sales tú, pichón? ¡Y qué elegante!

—Mira qué bien —dijo Grant, poniéndose en pie—. ¡A ti quería verte, violador de pacotilla!

Y sin más protocolos, tomando impulso, Grant Maynard

descargó un tremendo puñetazo en la barbilla del violador, que crujió sonoramente, mientras el sujeto salía despedido hacia atrás, chocaba contra la puerta, y caía de bruces..., mientras Grant Hamilton Maynard sacudía el puño, gimiendo. Miró de pronto a Didi, y aulló:

—¡Y tú! ¡Vístete ahora mismo! ¡Nos vamos al Caribe! ¿Está claro?

—Sí... Sí, Grant, sí, ahora mismo... Es lo que iba a decirte, que contigo..., contigo... ¡En seguida!

Un minuto más tarde, salían del camerino. Pero la cabeza de Grant Maynard reapareció. En su rostro había una expresión de regocijo cuando, mirando al malvado violador tendido en el suelo, exclamó:

—Adiós, tú. Y recuerda: ¡incierto es el tiempo de la vida! Así que... voy a aprovechar todo el tiempo de la mía.

FIN

¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!

BISONTE
Serie Roja

ASEGURE
SU
EJEMPLAR

BISONTE
Serie Azul

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...